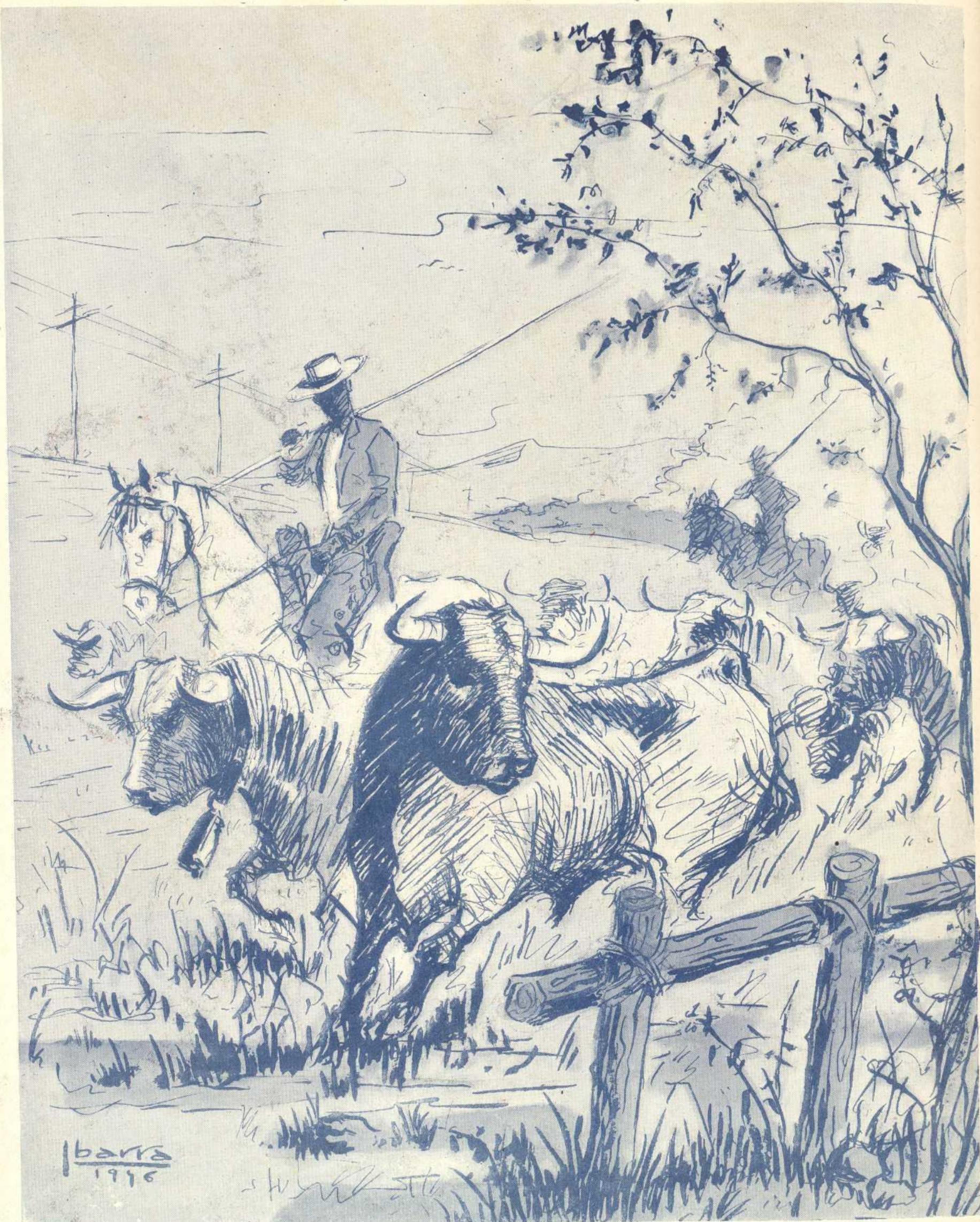


El Ruedo



2
Plas.

Calderon



Barra
1916

En la dehesa



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 26 de diciembre de 1946 - N.º 131



EN Sevilla se ha celebrado el pasado domingo un festival taurino, probablemente el último de este año de 1946. Ha sido a beneficio de la recaudación que los sevillanos incrementan generosamente todos los años para que ningún niño se quede sin juguetes en el día ilusionado de los Reyes Magos. Ningún presidente mejor para esa fiesta que Rafael el Gallo, eterno soñador del toreo, genial bohemio de un arte hecho todo él de generosidades magníficas.

La presencia del Gallo en ese festival postrero de este año de 1946, como un valor de símbolo, sugiere la época más desprendida, en que Rafael enardecía a los públicos con la filigrana de su escuela, y la que ahora va a comenzar, pues estamos convencidos de que en este año que termina las cosas del toreo han hecho crisis. ¿Para mal, para bien? Nos

inclinamos hacia el optimismo. Mas lo que sí cabe asegurar es que se producirá el cambio.

Aventuremos algunas razones. En esta temporada saldrá el toro grande, porque las ganaderías no se recortan o se engordan de un año para otro, y hay por esas dehesas muchos toros cinqueños que alguien los va a tener que matar. Otra: el mando del toreo ya no lo van a poder llevar ni Domingo Ortega, que posiblemente no actúe ya en España, ni el propio Manolete ni Arruza. Aun suponiendo que esta pareja —la que más afición arrastró últimamente— toree, es lo más probable que lo haga en un número limitado de corridas. Extraordinarias, con llenos rebosantes, si se quiere; pero unas cuantas nada más. ¿Y las restantes? Las Empresas necesitarán contar para sus combinaciones con otras figuras jóvenes que llegan con "cosas" y con ganas de pelea. Y como indiscutiblemente las necesitan, quiere decir que no parece lógico que las Empresas

supediten toda su actuación a lo que los "grandes" quieran dejar. La temporada no se hace en España con treinta o cuarenta corridas.

Aparte, naturalmente, de las reacciones del público, que no va a aceptar los "re-llenos" y que ensalzará a los toreros que vienen a llenar los huecos que otros están dejando. Por eso pensamos que las cosas del toreo van a variar, ¡y tanto!, en este nuevo año de 1947, que deseamos muy feliz a nuestros lectores.

Lo que sí pedimos es que, sean quienes sean los que van a mandar de ahora en adelante en el toreo, lo hagan pensando en el público —que es el que lo da todo— y en el mayor esplendor de nuestra incomparable Fiesta Nacional.

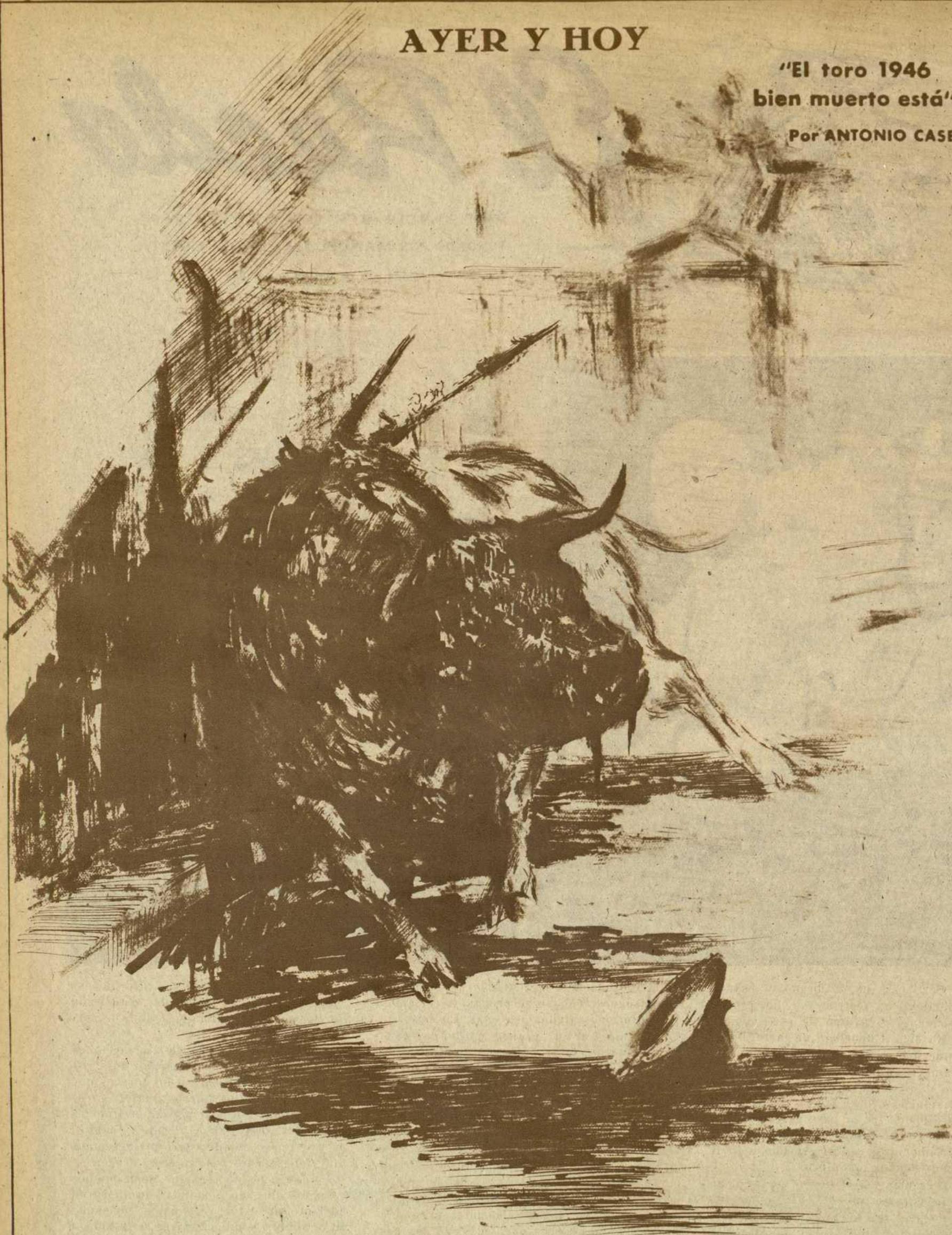
C.

(Foto Arenas)

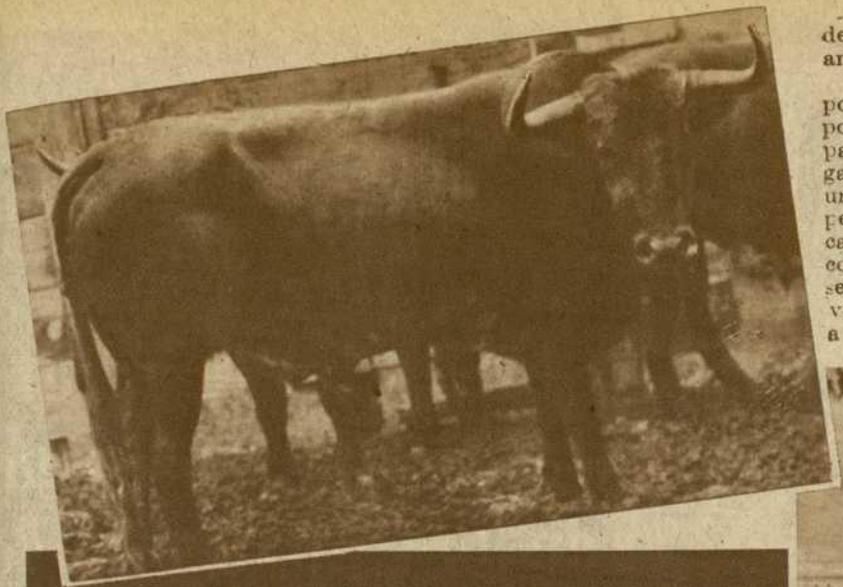
AYER Y HOY

"El toro 1946
bien muerto está"

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



“La autoridad competente” y “la afición” tienen la palabra

de toros, que indudablemente está anticuado.

La multa máxima de mil pesetas por toro falto de peso que se le impone al ganadero —que, a veces, la pagan a partes torero, Empresa y ganadero— es irrisoria cuando por una corrida se cobra noventa mil pesetas y el presupuesto total alcanza a veces cifras que rebasan con mucho el medio millón de pesetas. Cuando antiguamente se llevaban las corridas de la dehesa a los corrales de las Plazas con



ra el torero, por la sencilla razón de que el ganadero que lo conseguía era el más solicitado por los «astros» y sus «satélites». Desgraciadamente las ganaderías de toros de lidia se han convertido —con alguna rara excepción— sólo en un negocio más, y, por tanto, «lo que interesa» es que haya «demandas». Como consecuencia de ello, de este toro fácil, y en una loable superación de las primeras figuras de cada época, el toro ha ido evolucionando a mejor, y en los momentos actuales se ha llegado a torrear indudablemente como nunca se había hecho, sin que esto quite mérito a figuras pretéritas que, de haber vivido una época de «toros fáciles», seguramente habrían hecho todo lo que hoy se hace, caso de haber descubierto que se podía torrear así. Que el torero procure el toro «cómodo» es lo natural y lógico, y así ha sucedido siempre (antes y después del pleito de los miuras), y ahora y después seguirá sucediendo. Que el ganadero ceda a las exigencias de éstos, también, si no lógico, es explicable. Por tanto, aquí es donde *no puede hacerse nada* para resolver el pleito del toro. Porque no creo haya ningún inocente que pretenda convencer a los ganaderos para que empiecen a seleccionar sus ganaderías para sacar productos que por sus cualidades —genio, temperamento, casta— sean «incómodos para la lidia». ¿Que a este paso se convertirán las ganaderías en mansas o casi mansas? Seguramente; y esto es lo más grave para la Fiesta, porque como en la competencia para sacar el toro más «cómodo» están incluidas todas las ganaderías —sigo haciendo la salvedad de alguna rara excepción—, llegará el día en que

Un español prestigioso, gran aficionado a la Fiesta Nacional, ex ganadero de reses bravas y persona de las que forman opinión, nos remite las cuartillas que publicamos a continuación.

Modestamente, nuestro comunicante dice que es un «espontáneo» que se tira a EL RUEDO, y, sin embargo, plantea un problema interesante, cuyo examen será materia de abundante comentario entre nuestros lectores.

ANTES que nada, quiero hacer la afirmación de que no creo en que «tiempos pasados» siempre fueron mejores. Unos fueron mejores y otros peores, o viceversa, según sea «el color del cristal con que se mire». Pero dejémosnos de divagaciones y vayamos al toro, nunca mejor aplicada la frase. Por haber finalizado la temporada, creo oportuno hablar de la Fiesta Nacional (con mayúsculas), a ver si podemos poner algo en claro y se beneficia ésta para el próximo año, que buena falta le hace.

Que la Fiesta Nacional —sin hacer comparaciones innecesarias con otras épocas— pase por un momento crítico, y que de las resoluciones que se tomen de enderá que degeneren o, por el contrario, se fortalezca, es indudable. Examinemos, pues, las causas que pueden motivar aquello, y veamos si tienen remedio.

Siendo en la Fiesta de Toros —su denominación lo indica— el primer factor el toro, no cabe duda que hacia él tenemos que dirigir nuestra atención primeramente, para encontrar dichas causas y poner coto en donde haga falta, enderezar en lo posible lo torcido y conformarnos con lo inevitable, si es que en verdad hay algo sin solución.

No descubriremos nada nuevo al decir que el «pleito del toro» es antiquísimo. La fecha en que comienza este problema a preocupar a la «afición» no interesa grandemente para la solución del mismo, si es que la hay, que por mi parte lo dudo. Dudo, sobre todo, que tenga solución total el problema, porque *parcial* sí que la tiene, y bien fácil. Sin intención de polémica, sin que en absoluto representen estas líneas censura a nada ni a nadie, vamos a tratar de exponer lo más sucintamente posible lo que a nuestro juicio *puede hacerse* y lo que *no puede hacerse* para resolver el tan traído y llevado «pleito del toro».

Dos son los principales factores que intervienen en la lidia del toro: *su presencia y sus cualidades*. Con respecto al primero, se ha dicho y escrito para todos los gustos, y el público, en general, le da más importancia que al segundo, equivocadamente a mi juicio, porque si muchas veces hay que cambiar la suerte con dos varas o con un solo par, no siempre es por falta de peso y tamaño del animal ni mucho menos, que muchas veces vimos toritos, con doscientos veinte kilos, derribar y tomar cinco varas recargando. Pero es que, a fuerza de hacer los toros «cómodos» para los toreros, se les quita el genio, la casta, la bravura, en una palabra, y un toro con estas «cualidades», si se le pega, se viene abajo rápidamente. Pero dejemos esto para más adelante y sigamos analizando con método. Hay un Reglamento para las corridas

los bueyes y por «jornadas ordinarias», era difícil pesar animales en vivo, ya que en la mayoría de aquéllas no había báscula, y por eso se sancionaba «a posteriori» la falta de peso del ganado.

Pero hoy, que indefectiblemente van en cajones las reses, ¿sería mucho exigir un certificado dado por un veterinario, a quien se le hace responsable del peso en bruto de cada res, tomado, bien en el lugar de origen o en el de destino o en cualquier otro intermedio? ¿Tan difícil es encontrar una báscula en todo el camino a recorrer? ¿Es también mucho exigir que las Plazas tengan obligatoriamente un artefacto de éstos, y que no se pueda lidiar ningún toro con menos del peso en bruto reglamentario? Esto con respecto al peso, que con respecto a la edad se puede emplear el procedimiento coercitivo; pero no con multas, que sólo servirían para el encarecimiento de la Fiesta si se cuenta ya con ellas en los presupuestos de la corrida. La sanción tiene que ser más práctica. Por ejemplo, prohibición al ganadero de lidiar corridas en una temporada. Esto es lo que se puede hacer. «La autoridad competente», de quien nos hablan los carteles anunciadores de la fiesta, tiene la palabra.

Veamos el segundo factor: «Las cualidades del toro». De sobra es sabido que la selección en las ganaderías ha ido haciendo un tipo de toro «fácil» pa-

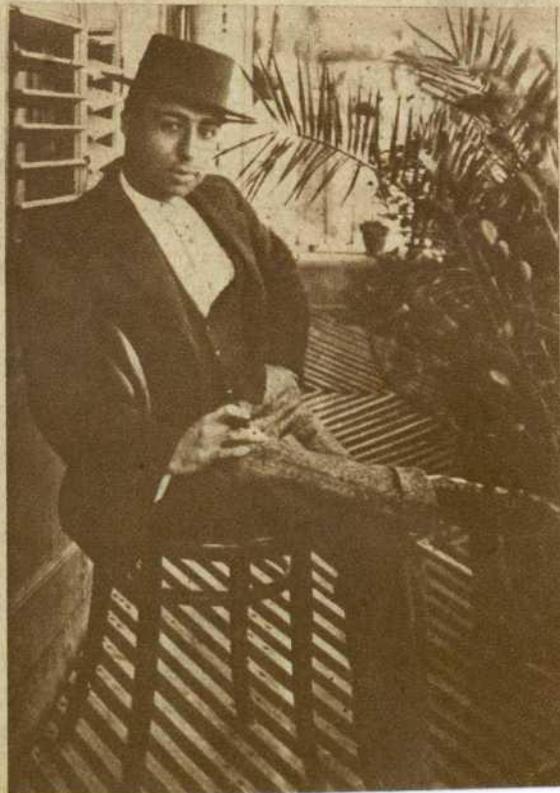


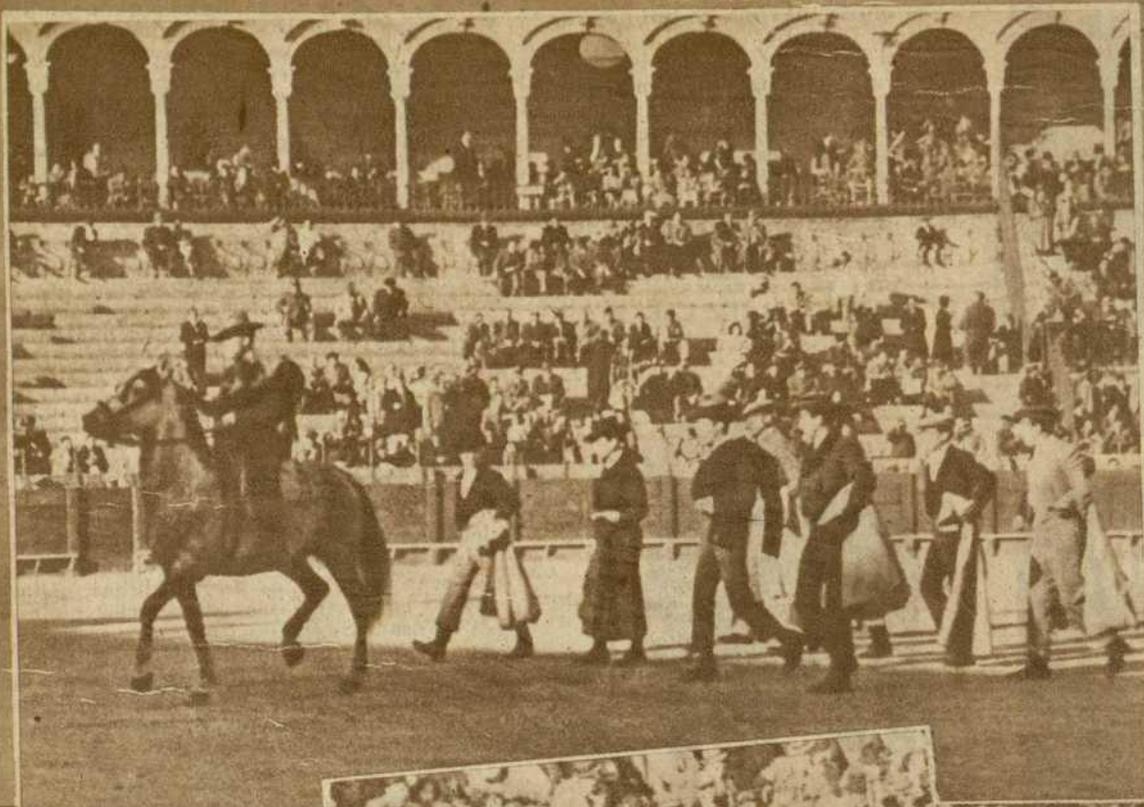
el toro bravo habrá desaparecido del suelo español. Es indudable que se torreará mejor cada día, pero también es indudable que la Fiesta Nacional se «infantilizará» en todo sentido: toros, toreros y público. Porque si este año se han lidiado ya toros con ciento cincuenta kilos y seguimos por este camino de disminución de peso y aumento de facilidad, muy pronto el ganado que salte al ruedo lo podrán lidiar niños de diez a doce años, y el público, naturalmente, será el lógico de una fiesta infantil, con su correspondiente acompañamiento de amas de cría y militares sin graduación.

Y aquí es donde la «afición» tiene la palabra. Mientras se *exija* el toro estatuario y el pase mirando al tendido en todos los toros, y, en cambio, no se sepa apreciar y premiar la lidia justa que se le debe dar al toro más o menos «incómodo», no podemos quejarnos de que salgan becerros «cómodos» por la puerta de los chiqueros.

Una anécdota que cuentan de Rafael el Gallo resume este tan manoseado tema. Dicen que, en una discusión sobre el mismo, Rafael exclamó: «Pero hombre, ¿cómo quiere usted que sea lo mismo que le atrojelle a uno el carrillo del helado que un tranvía?» Y el interlocutor le contestó: «Pero no me negará usted, Rafael, que puestos a tener mala intención, el carrillo del helado lo atrojella a usted antes que el tranvía..., a no ser que se ponga usted en la misma vía.» Y con esto no quiero decir que me pase al bando de los que le gustan el «hule», y que tan graciosamente retrató Martínez de León en sus historietas de «La parte sana de la afición, o los amigos del toro», que pedían igualdad de armas y ventajas para el toro y el torero. Lo que sí quisiera es que esta fiesta tan española, tan nacional, tan «machos», no degenerara más de lo que está, no se «infantilizara» más, sino que, por el contrario, se fortaleciera y volviera a ser fiesta de toros.

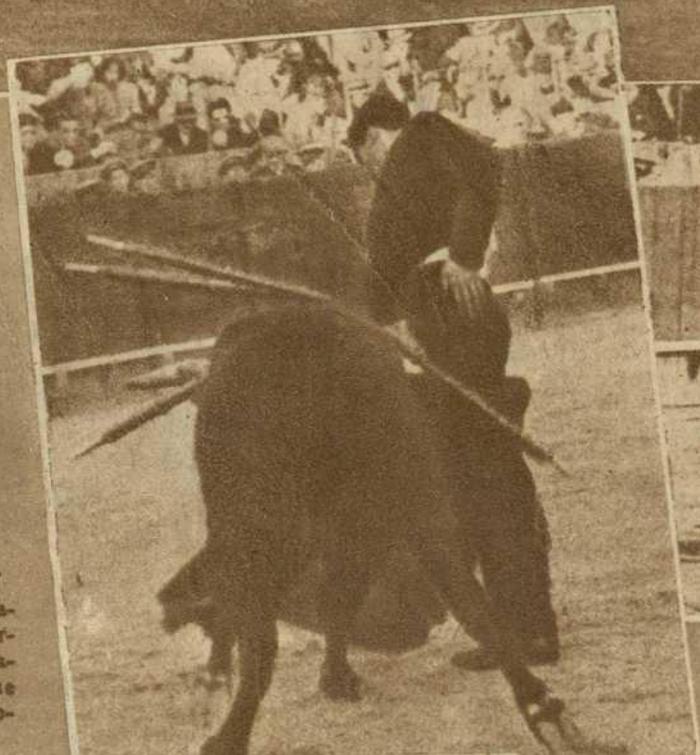
«La autoridad competente» y «la afición» tienen la palabra.





El domingo se celebró en la Maestranza, de Sevilla, el festival a beneficio de la Cabalgata de los Reyes Magos

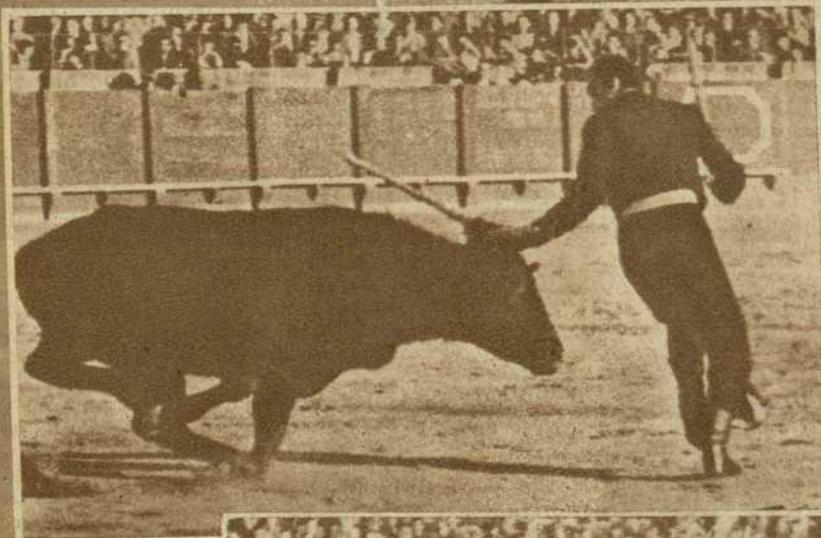
En Sevilla hay una bella tradición de procurar ingresos para la Cabalgata de Reyes, que reparte entre los niños humildes la ilusión de los juguetes. A la buena obra contribuyen siempre importantes elementos artísticos. En esta ocasión han sido los toreros, siempre propicios a ofrecer su arte en beneficio de los pobres. Aquí aparecen haciendo el paseo de las cuadrillas



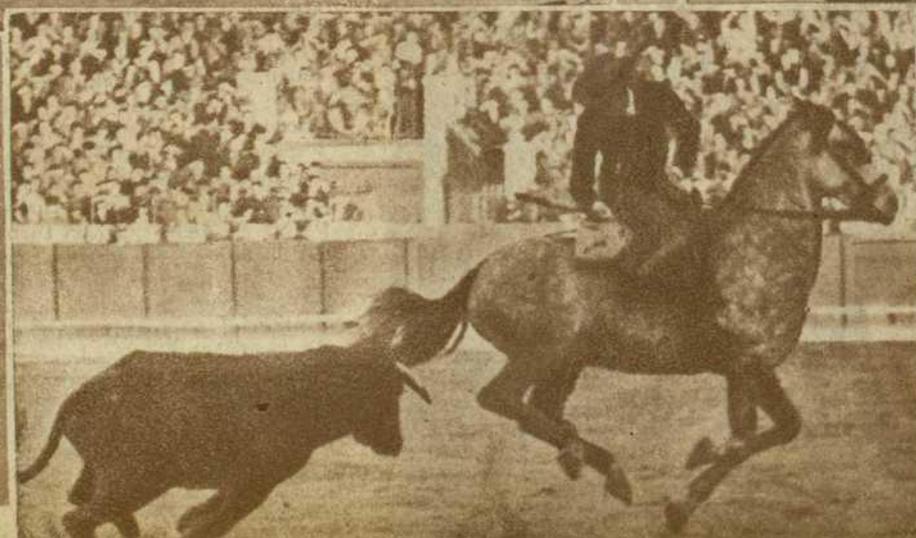
Actuó en el festival el matador de toros Manolo Martín Vázquez, que aquí aparece muy puesto, aunque tampoco torera ya como profesional



El duque de Pinohermoso rejoneó y banderilleó un novillo con su buena escuela de caballista



También clavó banderillas y hasta juguetó alegremente con el novillo

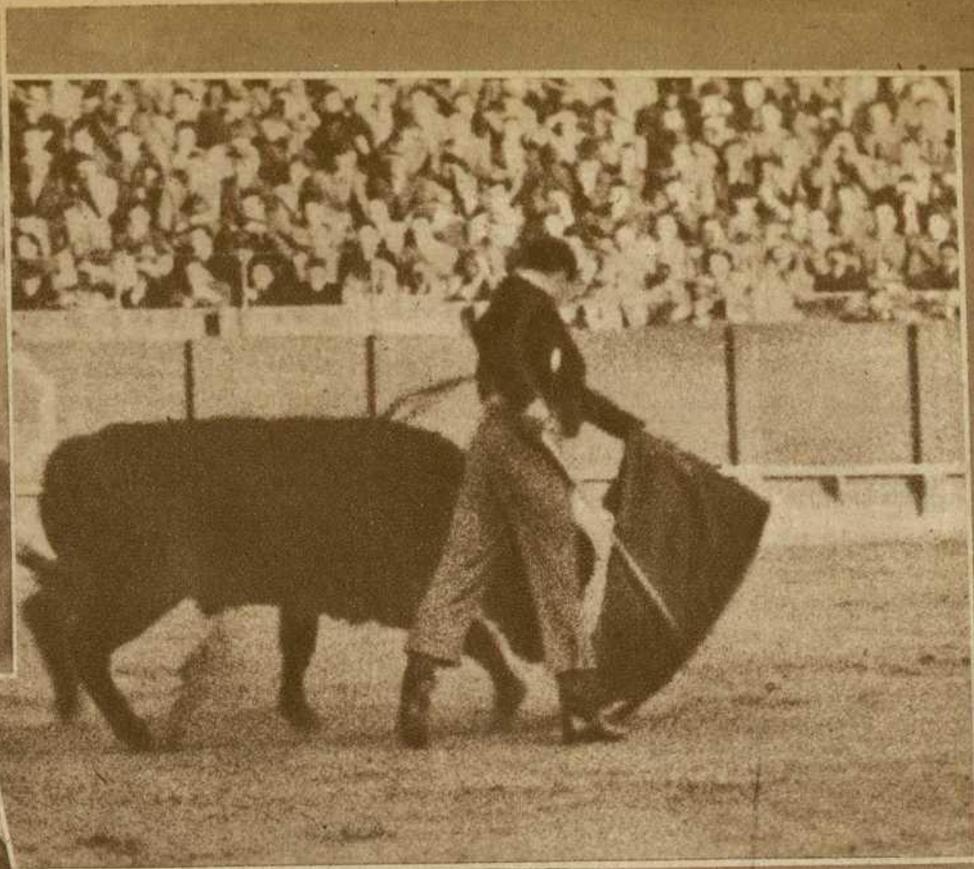


Luis Miguel Dominguín, que ha tomado con empeño hacer torero a caballo, banderilleó muy lucidamente y esquivó gallardamente las embestidas del enemigo

... para matarlo por derecho después de una lucida y apretada faena de muleta



¿De qué hablarán el «Papa negro» y Raimundo Blanco? ¡Tantos viejos recuerdos, tantos episodios taurinos de que ambos han sido protagonistas...!

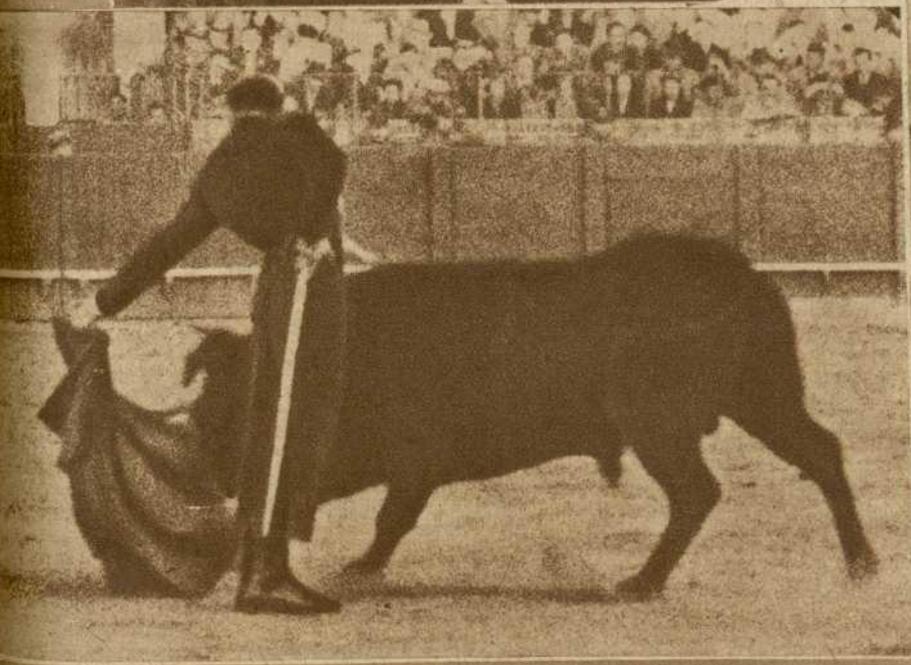


Pepín Martín Vázquez también tomó parte en el festival. Aquí está entre barreras con Andújar y el Lillo, en espera de que le llegue su turno

Antonio Bienvenida hace gala de su buena clase en ese pase de pecho al novillo que le correspondió



Y cuando le llega torea templadamente a la verónica...



... y al natural

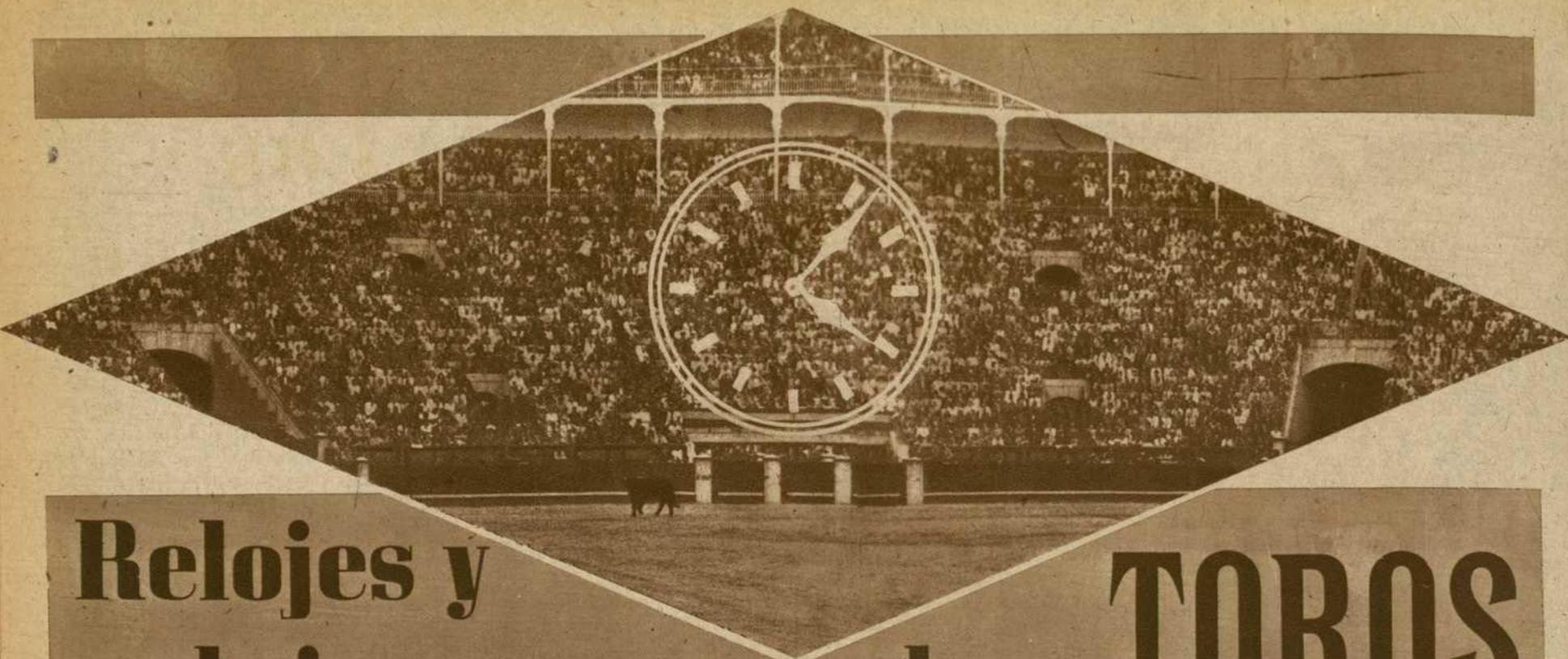


El último lugar lo ocupó el novillero Rojas, que dió buenos mulatazos con la derecha

El joven rejoneador Pepe Anastasio presencia con atención la labor de sus compañeros

(Reportaje gráfico de Arenas)





Relojes y relojeros en los TOROS

Es en el folklórico Café de Chinitas donde canturrean esa bravata taurocronometrada de que un toro ha de morir «antes de las cuatro y media»? La hora en la Plaza... Hasta que fué promulgado el Reglamento para la celebración de corridas de toros, novillos y becerros en julio de 1930, que es el que nos rige, salvo algunas modificaciones en el articulado correspondiente «a pesas y medidas», como pregonaría algún vendedor callejero del «Verdadero Zaragozano», no se le dió categoría oficial al reloj dentro de nuestras Plazas. En ese Reglamento, sí. Su artículo 17, que en el Reglamento anterior, de agosto de 1923, hacía referencia a la prueba de caballos, establece ahora la obligación de colocar un reloj perfectamente visible desde la presidencia en las Plazas de primera y segunda categorías. De ahí para abajo, se adivina entre las líneas reglamentarias que presidentes y espectadores de menos fuste han de guiarse por la marcha del sol.

Antes, si no un reloj a la vista del público, había, al parecer, la preocupación de la hora, como lo demuestra ese morir el toro antes de sonar la campanada de las cuatro y media. Hora exacta para la realización de las suertes, tan exacta como la salida y llegada de los trenes; y en esto agárranse ustedes a la ironía conveniente de que ni los trenes llegan a la hora que se anuncia en las guías, ni los toros muerden el polvo de acuerdo con el minutero de la baladronada. Preocupación horaria que también se demuestra con las láminas que adornan la edición príncipe de «La Tauromaquia o Arte de Torear», de Illo, y en la de Madrid de 1827, donde un supuesto Joseph Delgado, rendido a sus pies el toro, exhibe un reloj con su corta cadena, como diciendo: «¡Aficionados y amigos, podré no haber estado bien del todo, pero no fui pesado!»

Durante todo el tiempo que corre desde el origen de las corridas de las fiestas de toros —y que salga un erudito y me desmienta—, hasta la redacción de ese artículo 17 del Reglamento

actual, los presidentes y los espectadores habían de utilizar un reloj propio como cualquier sereno. Y ¡ay!, las manecillas de los de unos y otros —presidentes y espectadores—, casi nunca estaban de acuerdo para precisar el momento del correteo de los alguacilillos en busca del matador aperreado para levantarle uno o dos dedos indicadores de que habían transcurrido diez y trece minutos, y el toro —¡maldito toro!— seguía «como si ná». Los espectadores siempre se ponían en lo peor; los minutos se les hacían horas, y, con justicia o sin ella, apremiaban al presidente para el envío de los avisos. Y los presidentes, igualmente con justicia o con injusticia —¿quién no tiene amigos o compromisos?—, se hacían los sordos para servirse del «enviado especial» con plumas de colorines en el sombrero, o cuando más, se sonreían mefistofélicamente, como diciendo: Mi reloj es el que marcha bien; y como el «montre» es mío, pongo las saetas donde me da la gana.

El reloj oficial, fué un reloj acusador. Un reloj sin cubileteos partidistas. A tal hora se comienza la faena, y a tal hora hay que terminarla. Un reloj a la vista de todos, vamos al decir, porque los espectadores de cierta parte de andanada habrán de estirar el cuello si quieren ver algo, digo yo.

Quizá porque los tiempos posteriores a Pedro Romero y a Pepe-Hillo no fueron tan boyantes para las bravuconadas de «hora exacta», que, al fin y al cabo, las razas degeneran, el reloj no jugó papel demasiado importante en las faenas de toros y toreros. Ni siquiera como oficio previo del que arrancasen apodos de lidiadores, puesto que apenas dos —y si hay más, indultadme por mi ignorancia— encontraremos que llevasen su familiaridad con el muelle real y con la rueda catalina para ponerla al amparo de su coleta. En la segunda mitad del siglo XIX surge en Aragón un «Relojero», Manuel Pérez, natural de Tarazona, que goza de una gris posteridad merced a haber actuado como primer espada

en la Plaza zaragozana, en la ocasión fatídica de la cogida mortal de Joaquín Gil, el Huevatero, el 26 de octubre de 1862. Posteridad escasa, pero digna; fama pobre, pero honrada. Cuando mortalmente herido el Huevatero, sale en tercer lugar un toro de condiciones aviesas, el presidente de la fiesta, que era el alcalde de la ciudad, pretende suspender la corrida, con la digna oposición del «Relojero», quien esculpe para una posible historia de toreros pundonorosos estas frases magníficas:

—«¡No quiero que caiga tal marcha sobre mi nombre! Si sacan la media luna, me arrojé ante el toro aunque me haga pedazos.»

Cosa que no ocurrió, siquiera Manuel Pérez no pudo redondear la hazaña: herido con el propio estoque en una pierna, pasó a la enfermería, y el festejo se dió por terminado. Historia torera la del modesto turiasonense, que se mantiene en un claroscuro, con esas pinceladas vigorosas de vergüenza profesional.

El otro torero que relaciona su ocupación anterior con el arte «que bajó del cielo», apenas se dejó ver por los ruidos; estimó que no por falta de voluntad para salir a ellos. Se llamaba —quizá se llame todavía— Luis Arreba, y se anunciaba con el remoquete de «Relojerito de Bilbao». Le vi actuar en una novillada zaragozana, sin caballos, el día de la Virgen de Agosto de 1916. Puedo decir de él «que si lo vi, no me acuerdo». Estoy, pues, a la misma altura que los millones de aficionados que no le vieron.

Nada más de relojes. Nada más de relojeros con ropilla de caireles. Sólo pienso que si los avisos a los matadores latos no los ordenasen los presidentes, y si estuvieran a cargo de señoritas telefonistas, como en las conferencias interurbanas, a su pregunta de «Van quince minutos, ¿desean continuar?», todos los espadas, «reyes del pellizco», contestarían:

—¡Prórroga!

Los forcados



«A casa da guarda»

CONSERVAN en su idioma los portugueses muchas palabras del antiguo castellano, designando, como Cervantes en el «Quijote», al sastre, alfaiate, y diciendo agua «fervida», «fazer», «falar», «forca», y en diminutivo, «forquilla», y como derivado de ella reciben los elementos taurinos que la utilizan en las corridas de toros el nombre de forcados; y ya que todos los países aceptarían nuestros sustantivos tauromáquicos sin enmendarlos, nosotros debíamos aceptar los nombres de las diferentes modalidades del toreo que se practican fuera de España, pronunciándolos y escribiéndolos correctamente.

El juicio que forman los españoles de la actuación de los también llamados «pegadores» portugueses, considerándolo como trabajo de fuerza, es, sin duda, la base del error de escribirse en España el nombre de forcado con *c*, desvirtuando completamente el sentido, pues en el idioma de Camoens la citada letra tiene el mismo valor que la última de nuestro abecedario, escribiéndose en ese caso forzado, derivado de fuerza, forzar contra la voluntad a ejecutar una cosa, y como son designados los condenados a trabajos de la misma índole.

Hoy sólo usan la forquilla —un palo redondo, de unos tres centímetros de diámetro y metro y medio de altura, aproximadamente, rematado con un casquillo de metal, del que nacen dos pequeños y abiertos brazos, terminados en gruesas bolas— en las «cortezias» y para una suerte llamada «A casa da guarda», que ejecutan en las «touradas» (así llamadas para distinguirlas de las corridas, o sea, las de toros de muerte) a la «antiga portuguesa», constituidas por «cavaleiros» o rejoneadores, banderilleros y forcados.

La referida «casa da guarda» es una suerte muy parecida a la que hacía en las también antiguas corridas reales españolas, debajo del palco real, la guardia tudesca, y esta «guardia amarilla», sustituida por los llamados guardias de Corps, y, a su vez, por los alabarderos, últimos que la ejecutaron en el casamiento de la que luego fué reina regente.

Estos grupos o cuadrillas toman el nombre de la ciudad o pueblo de donde proceden,

y el jefe del mismo se llama cabo, siendo, generalmente, la primera «pega» hecha por él.

He visto practicarla al Grupo de Forcados de Montemor o Novo, dándose en él la particularidad de estar completamente integrado por elementos de profesiones liberales: arquitectos, abogados, etc.

Se sentó el grupo en el estribo de la barrera, con la «forquilla» a media altura y el regatón haciendo tope en ella. Esperaron la acometida del toro —un buen mozo, con poder, y si no me falla la memoria, era de don Antonio Vaz Monteiro—, que al pasar por el tercio, frente a ellos, se fijó en el grupo,

Forcados con el traje antiguo



arrancándose con fuerza. Al tropezar su testud con aquella barrera de palos, frenó en seco y tiró varios derrotes. Reculó un poco, entró y nuevamente las bolas le impidieron el avance. Otra vez para atrás; miró estúpidamente, y volviendo la cara, no volvió a acometerles, aunque intentaron que la repitiera un banderillero y uno de los forcados, que se salió con ese objeto del grupo. No consiguieron nueva arrancada.

El peligro está en que la acometida del bicho sea por uno de los costados, pues entonces hace con ellos lo que en Andalucía llaman un «estropicio».

Para darse cuenta de la afición que los portugueses tienen a ejecutar «pegas», baste decir que las Empresas anuncian —sobre todo, en los pueblos y en festejos de poca monta— un toro llamado aquí para «curiosos», y casi siempre ya toreado, por lo que no hace falta ser un lince para comprender que desde que pisa el ruedo es una máquina de pegar trompazós. De veinticinco o treinta personas que bajan al redondel, no hay una que vaya provista de capote, muleta o algo que haga sus veces para intentar torear. Todos, absolutamente todos, llevan la intención de «pegarlo».

Esta contumacia de los aficionados portugueses a «pegar» los toros en vez de intentar torearlos, llevará al lector a la creencia de que también les inclinará, en parte —como sucede en España a los que quieren ser toreros—, un afán de fama y de lucro. Nada más lejos de la realidad, y, según las referencias que de ello tengo, lo que reciben por «pegar» los cuatro toros, que ya han sido rejoneados por los «cavaleiros», es, poco más o menos, de «cien mil reis», o sea cien escudos.

Si los toreros que aquí vienen dicen, cuando los ven actuar, que no pegaban un toro por el dinero que ganan Manolete y Arruza juntos, cuando conocen la cantidad que reciben se quedan admirados. Quedando bien patente el romanticismo taurino portugués.

También su vestimenta es muy decorativa; llevan en la cabeza una barretina de terminación redonda, color verde, y como remate una borla del mismo color que la diferencia de la del Campino, que es roja, siendo este detalle importante, y censurado quien no lo observe, como lo fué este año un cartel para las «Fiestas del barrete verde», de Alcochete. Antiguamente usaban un sombrero muy parecido al castor de los picadores, de color gris y sin borla; camisa blanca lisa; corbatín rojo y amplia faja del mismo color; una chaquetilla corta de tela estampada, color naranja claro, con grandes rosas en bermellón, también claro; pantalón corto, de color amarillo, aunque hoy la mayoría lo usan de color caqui; unas cintas rojas, que lo sujetan al mismo tiempo que las medias; éstas son blancas, y los zapatos, de cuero claro.

Lagartijo, Frascuelo y Guerrita, fueron llevados a la cárcel por el delito de desacato a la autoridad

COMO haber oído, probablemente, si habréis oído hablar de que los tres mencionados diestros fueron llevados a donde, según Cervantes, «toda incomodidad tiene su asiento»; pero acaso no sepáis con certeza por qué fueron encerrados, y hasta puede ocurrir que ignoréis las fechas de tales sucesos.

Para proceder con riguroso orden cronológico, daremos el primer salto atrás, nada menos que hasta el 20 de julio de 1872, y nos situaremos en Alicante, donde podremos ver que Lagartijo no puede dominar con la muleta a un toro de Bañuelos llamado Rabilargo, a pesar de haber recibido dicho animal ocho varas de los picadores. En vista de ello, Rafael hace salir a un varilarguero para que haga más sangre al de Colmenar, cosa que, como ni el presidente ni el público pueden consentir, da origen a una bronca de las que obligan a taparse los oídos, y como el Ca se niega a dar muerte a la res, es llamado al palco de la autoridad, donde el representante de ésta, don Eleuterio Mais o n a v e, le dice:

—Si no cuenta usted con recursos para matar al toro con la espada, mátele con la medialuna.

Y el diestro cordobés, que escuchaba aquel disparate y que, por tener la sangre quemada, ha perdido los estribos, replica al presidente:

—¡Mátele usted con el sol!

Don Eleuterio, naturalmente, no puede sufrir tan desafinada salida de tono, e inmediatamente da orden de que Rafael Molina sea llevado a la cárcel por los civiles.

¿Cuánto tiempo estuvo en ella? Minutos nada más, pues no había terminado la corrida y ya se hallaba de nuevo en la Plaza, perdonado por el presidente.

II

Más rato que Lagartijo en la cárcel de Alicante permaneció Frascuelo en la llamada del Saladero, de Madrid, el día 4 de mayo de 1879.

Lidiáronse en tal ocasión en el ruedo madrileño seis toros de Núñez de Prado por las cuadrillas de Frascuelo, Chicorro y Felipe García, con el aditamento de un séptimo bicho, de cuya muerte estaba encargado Antonio Pérez, Ostión.

En segundo lugar salió el toro Pelaespigas, colorado, cornigacho y ojo de perdiz, que había sido retirado al corral en la misma Plaza el año anterior por haber protestado el público contra su escasa corpulencia, y cuando apareció por segunda vez fue recusado nuevamente, máxime al observar que era excesivamente blando con la caballería.

Al tocar a banderillas, salieron con éstas en las manos Manuel Molina y Bienvenida (el abuelo de los actuales espadas de igual apodo); pero cayó sobre ellos tal cantidad de naranjas, que Frascuelo, como director de lidia, ordenó que se retiraran al estribo.

Limpieron los monos el ruedo, salieron de nuevo los banderilleros citados y se reprodujo la lluvia de proyectiles, visto lo cual por Salvador, dispuso que volvieran a retirarse.

Dichos subalternos, entre acatar la orden presi-



Lagartijo



Frascuelo



Guerrita

dencial, que les obligaba a ir al toro, y la de Frascuelo, que ordenaba lo contrario, optaron por obedecer a este último, que era quien mandaba en el redondel, y no habiendo quien banderilleara al toro, dispuso el presidente que éste fuera devuelto al corral.

Terminada la corrida, el repetido presidente, don Enrique Salamanca, mandó detener a Frascuelo, Bienvenida y Manuel Molina y que fueran conducidos a la cárcel del Saladero en un ómnibus custodiado por tres parejas de guardias de Orden público. Como así se hizo.

Pero Frascuelo estaba muy bien relacionado en Madrid.

Al tener conocimiento del hecho un título de Castilla, el conde de la Romera, de gran valimiento en la Corte, preséptose en la cárcel, salió fiador de los diestros detenidos y éstos fueron libertados inmediatamente.

La familia de Salvador pasó un rato de mortal angustia, pues al no verle regresar a casa en cuanto terminó la corrida, todos creyeron que habría sufrido algún percance muy grave.

III

La tercera de las corridas de feria de 1894, en Valladolid, se celebró con fecha 24 de septiembre, y pudo ser llamada muy bien «fiesta acuática», pues tan pertinaz fué el aguacero, que cuando salió el cuarto toro se hallaba el ruedo convertido en una laguna.

En vista de ello, Guerrita, que alternaba con Reverte, hizo saber al presidente, el teniente de alcalde don Lorenzo Bernal, que se lidiaría aquel toro cuarto del mejor modo posible; pero que si no ce-

saba la lluvia, era de razón que la corrida se diese por terminada.

El bicho, que, como los demás, pertenecía al duque de Veragua, fué estoqueado medianamente por Reverte, no sin que actuara Guerrita de arenero, pues mientras aquél pasaba de muleta, Rafael iba echando arena y serrín a sus pies con el fin de arreglarle el terreno y evitarle un resbalón ante la cara del toro.

Al salir el quinto, tuvo que ingresar Reverte en la enfermería para que le curaran una lesión que el toro anterior le había producido al tomar las tablas; el aguacero, lejos de aflojar, se convirtió en dilu-

vio, y Guerrita se retiró de la Plaza con toda su gente para regresar al hotel. ¿No había hecho saber al presidente que si no cesaba la lluvia sería imposible continuar la lidia después del cuarto toro? ¿Por qué, pues, ordenó aquél que saliera el quinto?

No podía ser más razonable la conducta del diestro cordobés; pero el señor Bernal la interpretó a su manera y dió orden de que Rafael fuera conducido de nuevo a la Plaza, escoltado por la Guardia civil, desde donde le hizo pasar a la cárcel por haberle desobedecido.

Dirigió inmediatamente el tanto de culpa al Juzgado; pero como en tal testimonio, librado por el presidente, no halló el juez ma-

teria de delito, Guerrita quedó en libertad, después de prestar declaración, a las nueve y media de la noche.

No obstante aquella fundada negativa de Rafael para seguir toreando bajo la lluvia y con el ruedo convertido en lodazal, solivientó a buena parte del público, y cuando al siguiente día acudió a la Plaza para ver estoquear al repetido diestro, como único espada, seis toros de don Teodoro Valle, fué dispuesto a hacer al gran maestro una ruidosa manifestación de desagrado.

Efectivamente, al desfilar la cuadrilla fué saludado con una pita grande; pero el «monstruo» (lo de «monstruo», aplicado a un torero, se inventó para Guerrita) desarmó a la multitud en cuanto pisó el ruedo el primer toro.

Aquel gentío que se proponía silbar por sistema el trabajo del diestro cordobés durante toda la tarde, le aplaudió de manera delirante sin interrupción.

Mató seis toros de un modo admirable, creciéndose y superándose a medida que transcurría la lidia, y las faenas que realizó, con los dos últimos singularmente, hicieron enloquecer de entusiasmo a los espectadores.

En séptimo lugar se lidió un toro de gracia, que fué estoqueado por el banderillero Miguel Almendro.

Véase de qué manera desarmaba Guerrita a los públicos que se ponían de uñas contra él: haciendo faenas que ningún otro torero del siglo XIX superó.

Es que entonces el ánimo, la voluntad y el afán de superarse estaba dentro de todos.

Aunque luego —igual que hoy—, los imponderables... Pero no es cosa de insistir demasiado sobre esto. Nosotros nos limitamos a contaros cómo Lagartijo, Frascuelo y Guerrita fueron a parar donde, según Cervantes, *toda incomodidad tiene su asiento*.

EL PROBLEMA DE LAS PUYAS

Don Mariano de la Riestra, ha intervenido en la confección de los Reglamentos taurinos

Una puya ideada por el general Mola que no se llegó a implantar.—La puya actual debe ser achicada

HONRA este día las páginas de *EL RUEDO*, con su opinión acerca del tema de las puyas, uno de los hombres que con mayor entendimiento y mejor prestigio pueden hablar de temas taurinos. Sesenta y cuatro años concurriendo sin interrupción a cuantos festejos se han venido celebrando en las Plazas de toros de Madrid bien le disciernen puesto relevante en esta encuesta, seguida con gran interés—a juzgar por las cartas que recibimos—por los aficionados.

Por si faltase algo para acusar esta personalidad de don Mariano de la Riestra, bueno será añadir que, en representación de los abonados, intervino en la confección del Reglamento vigente, así como en el posterior—de 1934—, que no llegó a regir.

Después de una breve escapada a la evocación, en que don Mariano de la Riestra asegura que no todos los tiempos pasados fueron mejores, y que antes se toreaba con arte menos depurado, aunque el riesgo era mayor, le preguntamos y él nos contesta:

—Para redactar los artículos del Reglamento en vigor—recuerda nuestro ilustre amigo—se nombró una Comisión en la que, como vocal, representé a los abonados, previo sorteo entre los diez elegidos por el malogrado general Mola, que entonces ejercía la Dirección General de Seguridad.

—¿Les llevó mucho tiempo la elaboración del articulado?

—Cuarenta o cincuenta sesiones, á ninguna de las cuales faltó su presidente, don Emilio Mola. Tomó parte activa en todas las discusiones y hasta recuerdo que, llevado de su enorme afición, un día, al llegarle el turno al artículo 32, relacionado todo él con la forma y calidad de las garrochas, nos sorprendió al presentar a nuestro examen una puya por él concebida y diseñada. Incluso llegó a ensayarse con toros modelos, y mereció los elogios de muchos aficionados.

—¿Cómo, entonces, no llegó a prosperar?

—Por la oposición de los picadores, reacios casi siempre a la adopción de sistemas que impidan el abusivo castigo de los astados.

—¿Qué defecto más esencial observa usted durante el primer tercio?

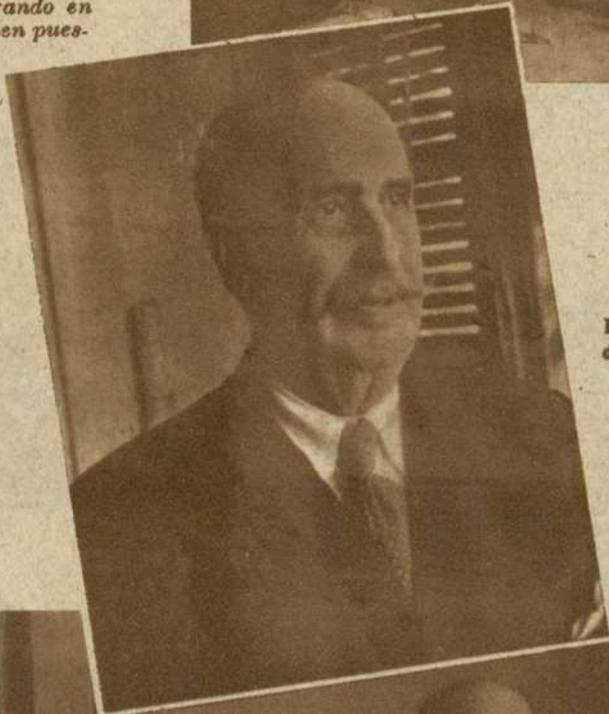
—Pues que en ninguna como en éste se conculca tanto el Reglamento todavía vigente, aunque de seguir así llegará día que ni aun los que le dimos vida podamos reconocerlo.

—Pero, ¿tanto difiere lo acordado y su interpretación?

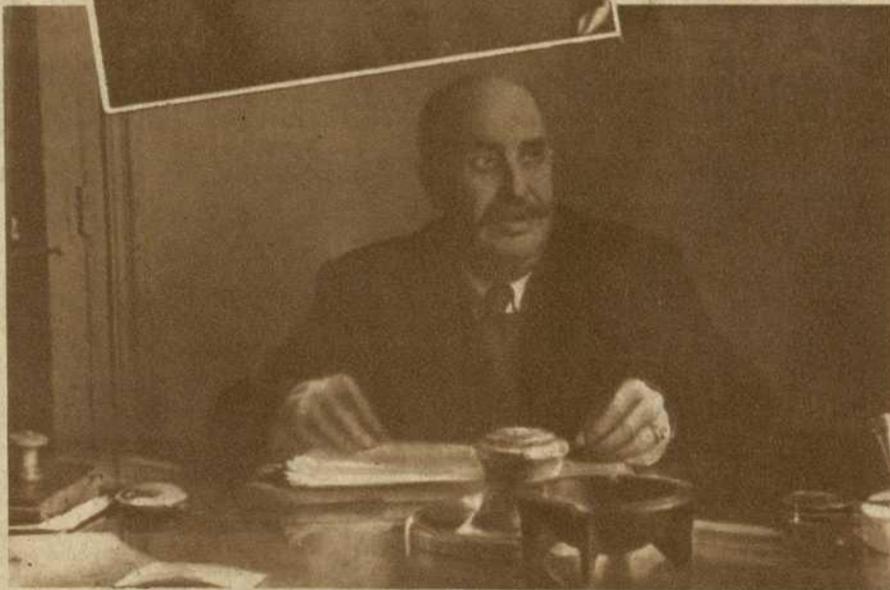
—Tanto. Por lo pronto, en estos últimos años se viene tolerando que el primer puyazo lo den los reservas, en lugar de hacerlo los picadores de tanda de la plantilla del picador. Esto en sí, que en principio parece no tiene importancia, la tiene, y mucho, si se medita en que hoy son muchos los toros que soportan un solo puyazo. Si encima lo realiza no un hombre experto, sino un picador bisoño o decrepito, picando donde buenamente puede, llegaremos a la conclusión de que tan antirreglamentaria costumbre debe ser prohibida sin más tardanza.

—Antes, los picadores reservas estaban reservados, como su nombre indica, para intervenir en caso de accidente de los picadores de tanda.

—Eran lo que entonces se llamaban picadores de «entra y sal», estándoles incluso prohibida su permanencia en el ruedo al iniciarse el tercio.

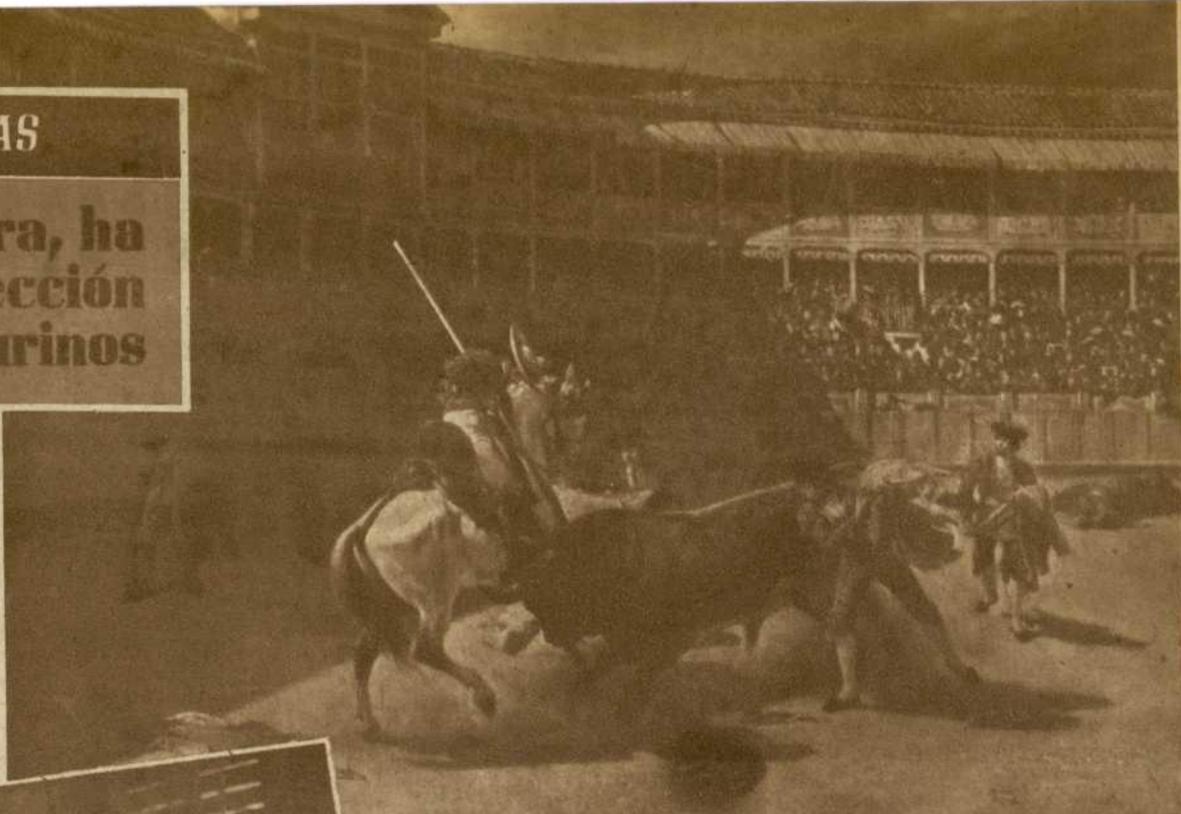


Don Mariano de la Riestra



... «es absurdo que se tolere que el primer puyazo lo den los reservas», nos dice don Mariano

El señor de la Riestra, se entretiene en su hogar, leyendo nuestra Revista, rodeado de sus sobrinitos (Fotos Zarco)



—Pese a todos sus defectos, ¿considera de importancia esta «suerte»?

—Verá usted: la suerte de varas, aunque tan depreciada y desvirtuada desde el momento que se implantó el peto, tiene una indiscutible razón para su supervivencia. La de preparar al toro para las suertes siguientes, singularmente la de matar, casi olvidada por completo, a pesar de ser la más varonil y la de mayor dificultad. Por algo se le llamaba la suerte suprema.

—En cambio, para el aficionado ingenuo, este tercio le depara el pugilato de quites entre los espadas.

—Pero, cabría preguntar: ¿a quién quitan? ¿Al picador, del toro?... Acaso no será más propio decir que hoy el quite se hace para librar al toro de un castigo, las más de las veces inadecuado. En resumen, hoy el espada no interviene para hacer un quite, que no se necesita, sino para esperar al toro con el lance hecho, tan estético como innecesario.

—¿Se le ocurre algún remedio para corregir los defectos apuntados?

—Tan sólo uno, y bien sencillo. La de que se llegara al achicamiento de la puya actual, que el Reglamento autorizó en Plazas de primera categoría, para ser aplicada a toros de cuatro a siete años y con un peso de 40 arrobas y 22 libras. Mientras los toros no vuelvan a ofrecer esa romana, debe, repito, achicarse la puya y aumentarse un poco el tope de madera.

—¿Quién o quiénes han traído, a su juicio, esta situación?

—Todos, sin disculpar a los ganaderos. Hoy, los picadores, aun los menos decididos, al disponer de un arma más ofensiva que defensiva, no vacilan en arremeter contra todos los toros, con lo que impropio se foguee un número mayor de reses por evidente falta de bravura, que por la causa mencionada suele pasar inadvertida.

—De los diversos dispositivos ensayados, ¿cuál considera de mejores resultados?

—Este mismo—con otro toro—es aceptable, siempre que sus aristas estén hechas con lima, en lugar de vaciadas o atornilladas al casquillo. La puya de limoncillo tenía la ventaja de que tan sólo perforaba la piel, profundizando menos que la puya provista de arandela.

—En su calidad de decano de los aficionados madrileños, ¿quiere añadirnos alguna otra impresión?

—Hombre, sí. Que el Reglamento no se hizo sólo pensando en la Plaza de Madrid, sino que debía cumplirse en toda España. Digo esto porque por desgracia suelen dejarlo incumplido, ya que se lidian corridas de toros que han salido a veinte arrobas y algunas veces a bastante menos.

Todavía permanecemos un rato en el despacho que en el Círculo de Bellas Artes tiene—en su calidad de vicepresidente—don Mariano de la Riestra. Pero ya la charla desvió por la época de Antonio Carmona, de Bocanegra, de Lagartijo, de Frascuelo...

El origen del TOREO

CUANDO, en qué momento de su historia, se inicia el toreo llamado de a pie, en su primero, tosco balbuceo? He aquí una pregunta difícil de contestar.

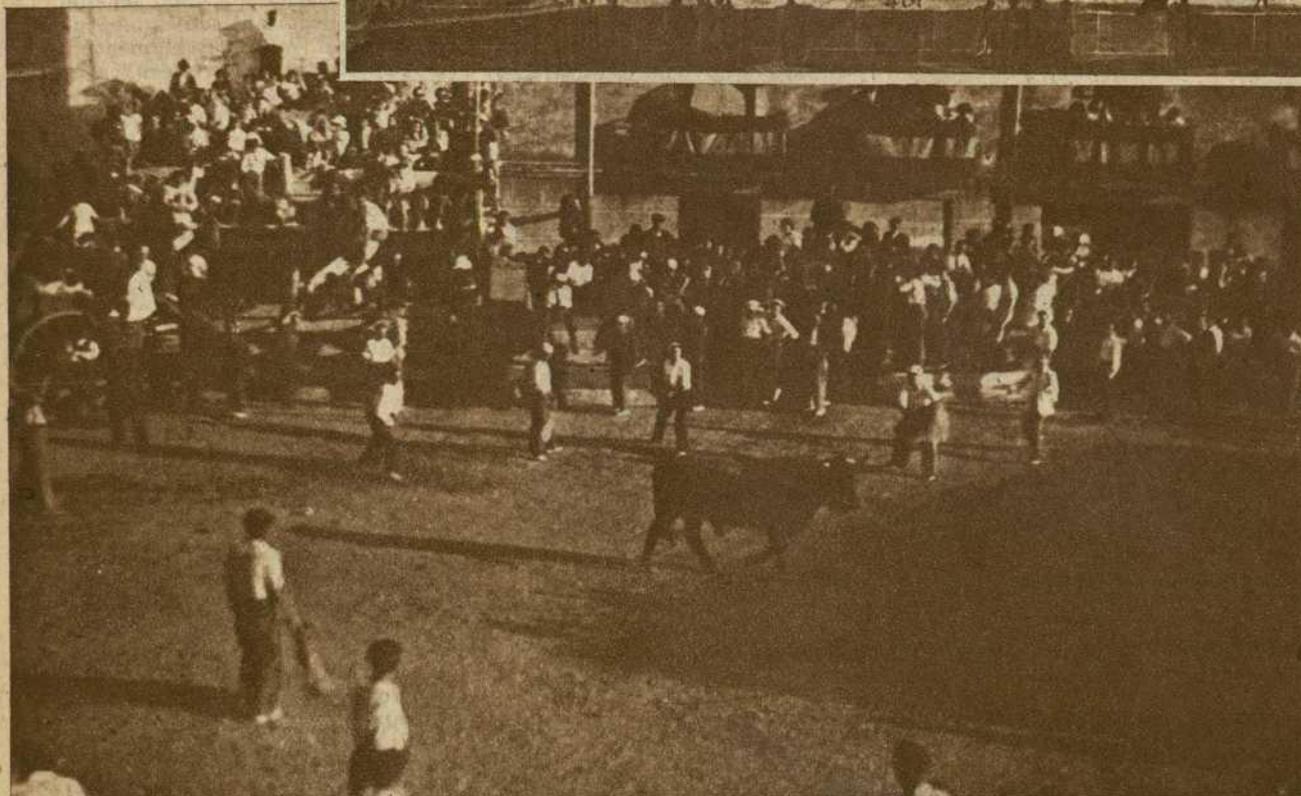
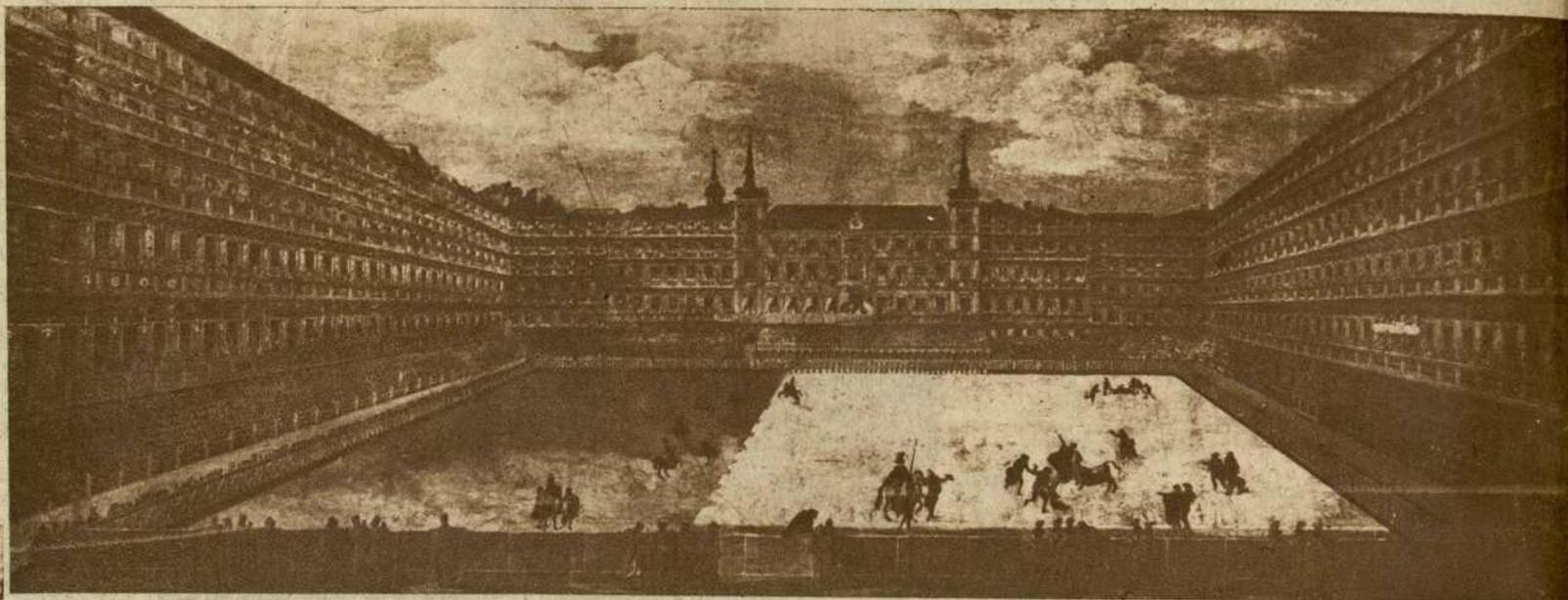
¿Fue en las corridas regias de la plaza Mayor, entre los finales del siglo XVII y los comienzos del XVIII? Así parece. Aquellas fiestas de las grandes efemérides reales eran, por su esplendor, imán irresistible para el pueblo. De Madrid, y de fuera de Madrid, de los campos y aldeas, de los rincones más apartados de las Castillas y Andalucías, venían a la Corte los mozos del villanaje, atraídos antes por el placer atávico de burlar en público los toros a cuerpo limpio, que por asistir entre el forasterío al sonoro espectáculo derrochador del oro de las Indias. Así los plebeyos, de sangre roja y pecho bravo, querían ser actores y no espectadores; apeteían torear como los próceres de sangre azul, y ya que no podían, como ellos, hacerlo caballerescamente a la jineta, con empresas y divisas para las damas de sus pensamientos, pretendían, por lo menos, lucir su garbo y destreza ante la sagrada majestad católica, por lo común inclinada a premiar tales arrestos con una bolsa de doblones. Así aquel moro que estrenó la suerte del puñal. Así los bravos vizcaínos que iniciaron los saltos del trascuerno y de pitón a rabo. ¿Es éste el origen del toreo? Mucho lo dudamos. ¿Por qué? Lo du-

por el hombre, aparece —consecuencia inmediata— el toreo como placer, como espectáculo. El toreo es una pasión primitiva y por eso responde a ella tan reciamente el alma del pueblo. El hombre y la fiera se divierten con su presa antes de devorarla. Y como hubo antes un peón que un jinete, se infiere que antes hubo un toreo de a pie que otro de a caballo. ¿Pruebas? Las inmediatas del sentido común. Ellas son como un hilo de Ariadna, y sabido es que al final del hilo de Ariadna, Teseo, torero mitológico, se encuentra con un toro. El toreo no es cosa de ayer ni de hoy: es cosa de siempre en la tierra de los Toros de Guisando. Ni los árabes, ni los romanos, ni los cartagineses, lo introdujeron en España. El toreo —y toreo de a pie—, ingenuo y saltador como el de Creta, lo encontraron hecho en el hombre turdetano y en el toro marismeño de Gerión, que aún pasta en las

por infames que lidiaban por dinero? Porque no es posible atribuir infamia a la nobleza de Castilla (toreo de a caballo), que alanceaba reses sólo por estímulos de amor y galantería. El mismo Jovellanos nos ofrece una estampa curiosa de las corridas ejecutadas por el villanaje cuando transcribe de la crónica de don Pedro Niño, parte 1, capítulo 7, la siguiente noticia, relacionada con los juegos celebrados en Sevilla con motivo del paso por aquella ciudad del rey Enrique III.

«E algunos, dice, *corrían toros*, en los cuales non fué ninguno que tanto se esmerase con ellos, *así a pie* como a caballo, esperándolos, poniéndose a gran peligro con ellos, e haciendo golpes de espada tales, que todos eran maravillados».

¿Cabe un rasguño más gráfico y expresivo de una corrida de toros tal como la concebimos hoy? Hubo, pues, un toreo de la plebe en los siglos



¿Debemos encontrar el origen del toreo en las corridas regias del siglo XVIII?

Como contraste, una capea. Los hombres de sangre roja y pecho bravo quieren ser actores, no espectadores

medios. Y no sólo lo hubo, sino que se torea en locales al efecto. «De otra ley u ordenanza de Zamora —continúa Jovellanos— se ha de deducir que hacía fines del siglo XIII había ya en aquella ciudad, y, por consiguiente, en otras, plaza o lugar destinado para tales fiestas.

En una de esas plazas (Arévalo o Medina del Campo) fué donde la Reina Católica quedó pasmada de horror por el espectáculo sangriento de una corrida de toros. Y no seguramente por la muerte del toro, sino por la del villano-gladiador que se sacrificaba por divertirla. La gran soberana de la justicia a caballo se propuso suprimir tales coyunturas de tragedia, mas no pudo lograrlo. Tan arraigada estaba la fiesta en grandes y chicos, que hubo de contentarse con la invención de unas vainas o fundas para no hacer penetrantes las heridas por asta de toro. Y aquí tienes, lector, el origen de los toros embolados.

¿Y el origen del toreo? ¿Nace, en efecto, en las corridas regias del siglo XVIII? Nosotros creemos que el toreo, producto genuinamente ibérico de la tierra y el clima, no hizo entonces sino renacer, puesto que ya existía. Su renacimiento fué el milagro de los toreros artistas (Costillares, Pedro Romero, Pepe-Hillo, Montes, etc.) que supieron cubrir el lado repugnante de la lidia con un manto de belleza.

damos por la simple presunción de imaginar al primer hombre frente al primer toro en un campo raso. ¿Y qué hace el hombre prehistórico ante el *taurus* formidable? Aprovecharse de él, reducirle para la domesticidad y aprovechar su carne para su mantenimiento. ¿Cómo? *Toreándole*. El hombre y el toro —punto y contrapunto— afrontan la lucha por la vida con el empleo de sus armas naturales. ¿Cuáles son las del toro? La embestida bruta. ¿Y las del hombre? La esquivia, el engaño. Existe, pues, un toreo determinado por la necesidad, desde que hubo un hombre y un toro. Aplacada esta necesidad, y el toro salvaje aprisionado

luminosas y fértiles orillas del Guadalquivir.

Claro es que este toreo primitivo es eso: primitivo, y, por tanto, salvaje. Imagine el lector la capea más innoble, tan cruel como desprovista de belleza, en los lugares más hundidos en el atraso, y tendrá una idea aproximada. No es lícito comparar ese toreo rudimentario con el que hoy conocemos, como no es lícito tampoco comparar la orquídea silvestre de una selva virgen con la orquídea selecta de un parque de Ceilán. Aquí sólo intuimos el origen oscuro del toreo, y esto basta.

¿Y en la Edad Media? ¿Hubo en la Edad Media corridas de toros propiamente dichas? Hay atis-

CORRE el mes de abril de 1914. Sevilla arde en fiestas, conmemorando su clásica y renombrada feria primaveral, y la bella capital andaluza, de San Telmo a la Alameda, de Triana a la Macarena, es alegre pandereta en la que un hervidero de gente forastera se mueve dificultosamente bajo el toldo azul purísimo de su cielo sevillano y entre aromosos efluvios de albahaca y de jazmines.

Es precisamente el día 21 cuando, a la caída de la tarde, un venerable anciano —tez morena, curtida por los vientos marismieños, largas y nevadas patillas, traje campero y clásico sombrero de ala ancha— pasea inquieto, nervioso, pero todavía con aire gallardo y majestuosa altivez, por su despacho de la plaza de la Encarnación.

Hace tiempo que don Eduardo Miura no asiste a las corridas; mas su tradición ganadera, su conciencia y escrupulosidad, su afición ilimitada a la cría de reses bravas permanecen intactas, exhibiéndose a plena luz, cual airosos blasones —de íntimo orgullo, manifiesto desinterés y elevado señorío— que caracterizan y enaltecen, aún más si cabe, su persona y su divisa.

Don Eduardo no acude ya a ninguna Plaza, pero conoce todas las reses de la temida vacada de que es propietario, siguiendo con creciente interés las faenas camperas, y estando, al propio tiempo, exactamente informado del resultado y pelea de los toros en las arenas de los circos.

Aquel 21 de abril, a que nos venimos refiriendo, don Eduardo mostraba una impaciencia extraordinaria por saber lo ocurrido en el ruedo de la Maestranza. ¡Menuda expectación había aquella tarde! Una buena moza de Miura para Gaona, Gallito y Belmonte. El interés y la pasión se desbordaban por la Plaza y fuera de ella, pues el trianero, herido por un veragüeño el día 15 en Murcia, y habiendo perdido por tal causa las dos corridas del 18 y 20 de la citada feria sevillana, se presentaba ante sus paisanos nada menos que con la miurada.

La noble ancianidad del hidalgo andaluz —garbosa y recia— va y viene de un extremo a otro, consultando varias veces el reloj de la estancia.

—Son las seis y la fiesta debe de andar por el último toro— dice para sus adentros.

Y en tan agobiante espera acuden a la mente del veterano ganadero multitud de recuerdos, gloriosos unos, trágicos otros, que dieron fama a sus toros.

Como en visión cinematográfica desfilan por la mente desasosegada de don Eduardo fechas, personas y hechos que compendian la historia de la vacada. Y aparece su padre, don Juan, fundador de aquélla en 1842 con doscientas veinte vacas de Gil Herrera, a las que en 1849 adiciona otras tantas de Albareda, y ciento sesenta y ocho becerros de igual pro-



Don Eduardo Miura

ce de seguir criando toros con seriedad y trapío, fortaleza y romana, bravura y ligerera, aptos tan sólo para diestros que sepan lidiarlos.

—El auténtico toro no se deja hacer caricias en los pitones—masculla por lo bajo ante el hecho cierto de que ningún torero se haya atrevido a coger los cuernos a sus toros.

Hundido en estos rápidos pensamientos, y quizá con un extraño presentimiento, el patriarcal ganadero se asoma al balconcillo de la habitación. Por la calle, grupos de personas discurren comentando acaloradamente la corrida, y por sus gestos comprende don Eduardo que algo anormal ha ocurrido. Y los segundos que el tic-tac del reloj va marcando le parecen meses.

—¿Da «usté» su permiso?—balbucea, respetuosa y tímidamente Antonio, el mayoral.

Don Eduardo clava su mirada anhelante en el vaquero, como esperando una contrariedad.

—¿Qué ha pasado?

—Una «esaborisión», señor. ¡Lo que nunca ha sucedido con nuestros toros! Yo estoy «abochornao».

—¿Pero qué nueva tragedia ha ocurrido? —gritó, impaciente, don Eduardo?

—Pues «na», señor. ¡Belmonte ha cogido al toro berrendo el cuerno derecho por el pitón, por la pala y por la mazorca!

—¡No es verdad! ¡Completamente imposible! ¡A mis toros nadie les ha cogido los cuernos! ¿Estás seguro de haberlo visto?

—Tan cierto como que en estos momentos todavía alumbra el sol. Los señoritos don Antonio y don José lo han presenciado como yo.

—¿Un torero cogiendo el cuerno a un toro mio?...

LA MAYOR PESADUMBRE DE UN GANADERO

Cuando por primera vez en la historia de los Miuras, un torero cogió el cuerno a un toro de la trágica divisa



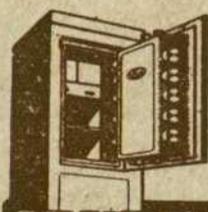
Juan Belmonte fué el primer torero que cogió por los pitones a un toro de Miura, llenando de zozobra y pesadumbre al famoso ganadero

cedencia. Viene luego nueva adquisición, en 1850, de machos y hembras de Cabrera, y en 1854, de dos sementales de Arias de Saavedra, oriundos de Vistahermosa, de cuya cruce surge el tipo de toro agalguenado, ágil, flexible, duro, bravo y «de sentido». Recuerda el fallecimiento de don Juan y el paso de la ganadería a su hermano don Antonio, que la posee desde 1863 hasta 1893, y de aquí en adelante su disfrute como único dueño.

Con tristeza medita el viejo ganadero sobre amargos recuerdos que dieron máxima celebridad a la divisa, mas también se enorgulle-

Y don Eduardo, sintiendo el peso de la derrota, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

Ciertamente, por vez primera en la historia de los Miuras, un torero había agarrado los cuernos a un toro de la fatídica vacada. Y ese valiente no fué otro que el mismísimo Juan Belmonte.



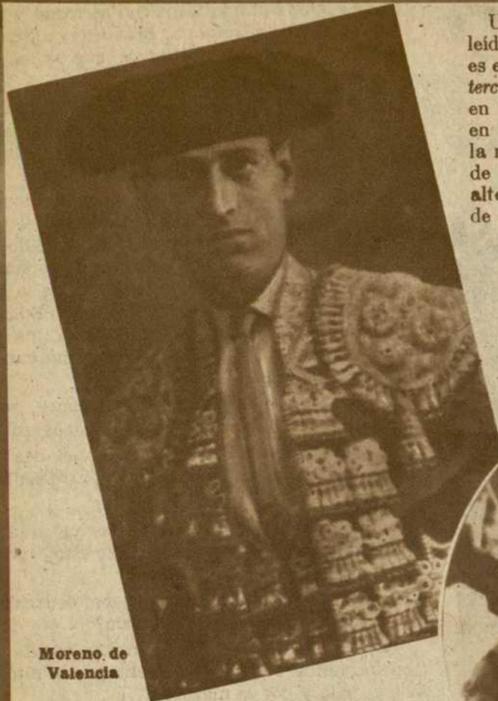
ANTES DE COMPRAR UNA CAJA, PIDA CATALOGO A LA FABRICA MAS IMPORTANTE DEL RAMO

ARCAS GRUBER S. A.

BILBAO

GRUBER

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8



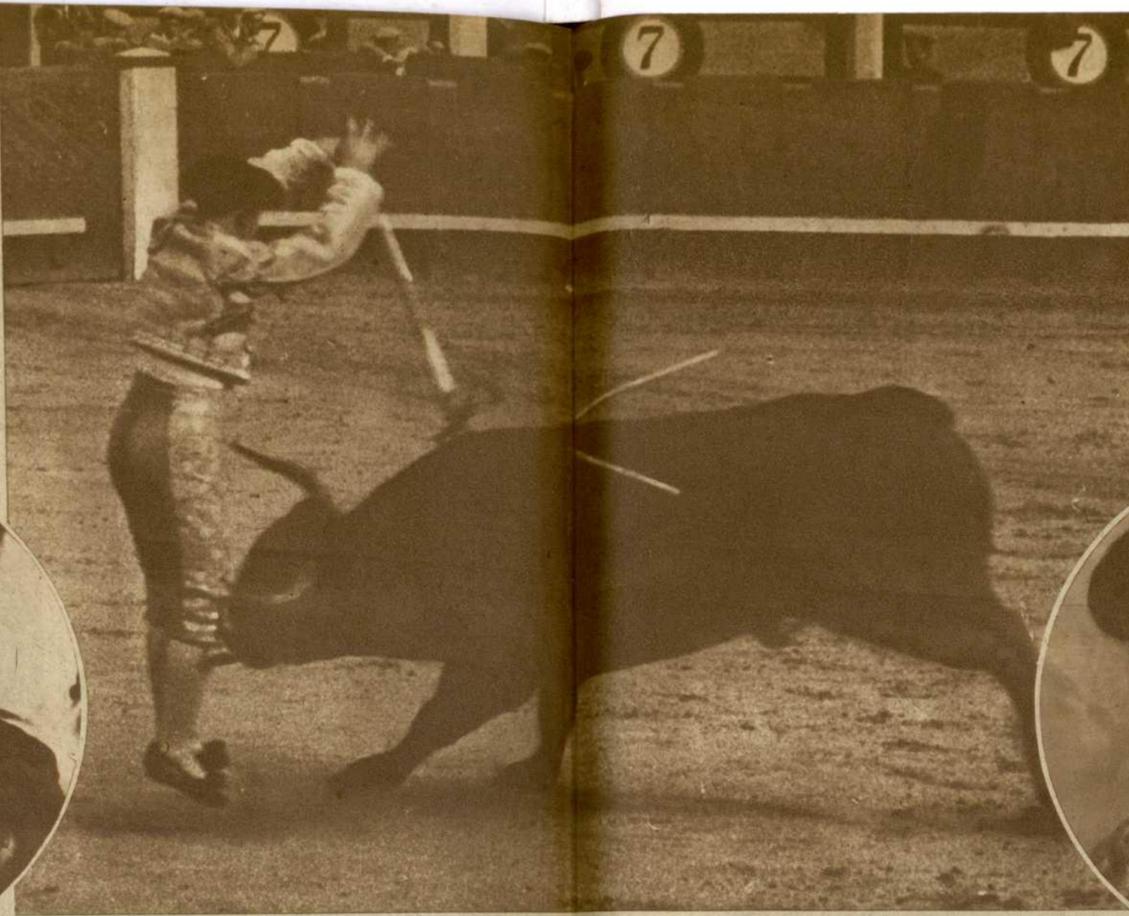
Moreno de Valencia



Rubiehl

Uno de los artículos suyos que hemos leído, y que con gusto suscribiríamos, es el titulado *La decadencia del segundo tercio*, que el aludido semanario insertó en sus números 100 y 101; lamentase en él, «Roque Solares», de la rutina y la monotonía que imperan en la suerte de banderillas, practicada por los subalternos, dice que la misma no pasa de ser hoy un trámite vulgar y afirma que esta decadencia hay que atribuirlo a los matadores, los cuales quieren para sí todas las ovaciones y no consienten que los rehileteros se dejen ver».

Exacto. Los banderilleros de hoy



Un pr de Magritas

EL PASADO Y EL PRESENTE DEL SEGUNDO TERCIO DE LA LIDIA

“Los matadores quieren para sí todas las ovaciones y no quieren que los banderilleros se dejen ver”

fin, que ni el mismo Magritas lograría, de empezar hoy su profesión, el renombre obtenido hace ya más de treinta años. ¿Por qué? Por lo que dice «Roque Solares»: «Porque los banderilleros de nuestros días no procuran halagar y complacer al público, que es el que sostiene la fiesta, sino a los espadas a cuyas órdenes actúan...»

Pero ¿es que, aunque lo procurasen, podrían hacerlo? El mismo escritor mejicano nos ha dado anteriormente, de un modo implícito, una respuesta negativa. Los matadores quieren que todo sea para ellos: el dinero y las ovaciones. Con el pretexto de que las reses pueden resabiarse con los adornos y las filigranas, exigen de los subalternos brevedad, que claven los palos como sea y que terminen pronto.

La época en que florecieron los banderilleros era la de una torería exaltada, impulsiva, generosa y romántica, en la que se albergaba un grande y puro idealismo; en su manera de actuar en el ruedo había un regodeo exquisito para lograr el aplauso y la notoriedad, sin menoscabo para las prerrogativas de los matadores, quienes, con plausible cordura, permitían aquellas expansiones; todo ello contribuía a la mayor vida y al auge del espectáculo, a su extensión y a su intensidad; las corridas de toros ofrecían una variedad de matices que no tienen hoy, porque existía un sentimiento entusiasta y fervoroso incluso para los secundarios aspectos de la fiesta; en las revistas antiguas, hasta se mencionaban los colores de los trajes

rojo engaño, se nos han ido evaporando muchas cosas que antes contribuían a realzar las corridas de toros: una de esas cosas es el segundo tercio, practicado por los subalternos; como actúan matadores que sepan banderillar —que hoy son los menos—, vemos que el público se apresura a pedir, casi a exigir, que sean ellos quienes claven los rehiletes, lo cual implica una tácita recusación para los peones, y siempre que esto ocurre, nos acordamos de aquellas palabras del infortunado Espartero, proferidas al pretender explicar por qué no banderilleaba: «Cuando vais ustedes a comprar



El Boni



Mella

¿Que abusarían los peones si se les dieran mimbres y tiempo? ¿Que usarían indebidamente de dicha tolerancia? ¡Bah! Lo que importa no es obrar, sino que la acción que se realice sea buena. Ya se encargaría el público de censurar todo lo que fuera hojarasca y de aplaudir lo que se estimara como oro de ley.

Pero es que el público está desorientado, y con sus desorientaciones, sus vicios, sus manías, sus equivocaciones y su aferramiento al torbellino de las apariencias, está tejiendo el destino que ha de caberle a la fiesta en el futuro.

El hecho incontrovertible, irrefutable, sin discusión posible, es que el segundo tercio de la lidia se halla en decadencia; hasta cuando se practica por algunos matadores que disfrutaban fama de banderilleros observamos máculas y mixtificaciones que desvirtúan la suerte, la desnaturalizan, la adulteran y la ensucian, y como esto puede ser objeto de un nuevo artículo —porque el presente no permite mayor extensión—, quédese para otro día el desarrollo del mencionado tema.

Termino hoy enviando un saludo al veterano e ilustre «Roque Solares Tacubac», al propio tiempo que le doy las gracias por haberme estimulado a escribir estas líneas, pues si en mi ánimo existía hace tiempo el propósito de trazarlas, probablemente habría diferido el cumplimiento del mismo de no leer su curioso y documentado trabajo.—DON VENTURA



El auténtico pase de molinete

Que no es el que nos trajo Juan Belmonte

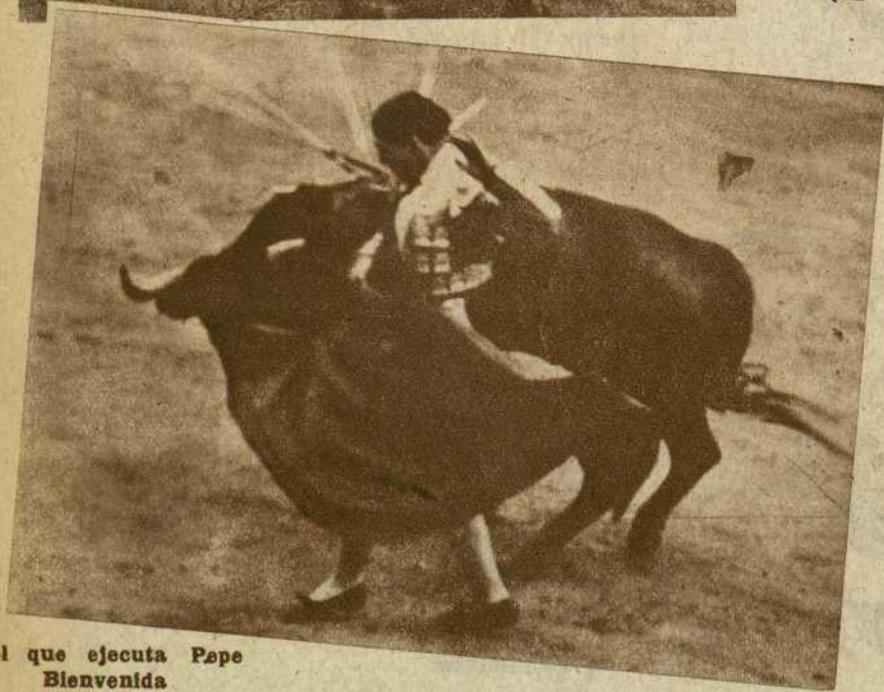


El famoso diestro Ricardo Torres, Bombita, ensayando el auténtico pase de molinete en el ruedo de madrileña la vieja Plaza

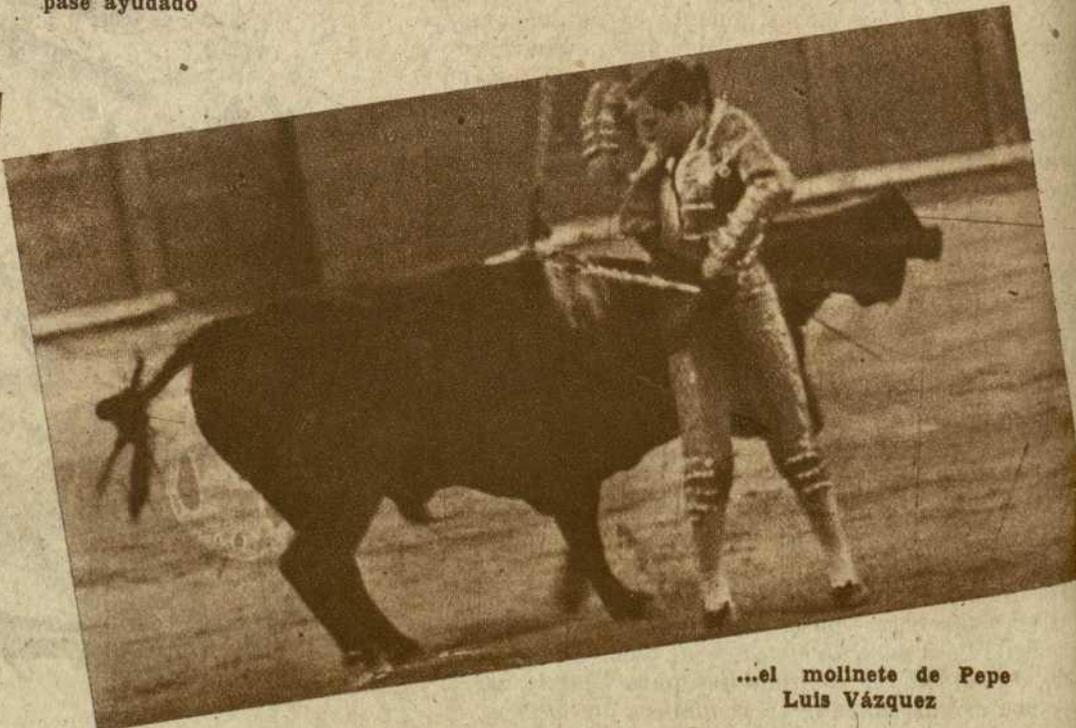


Domingo Ortega ejecutando un molinete, iniciado con el pase ayudado

...el llamado molinete que no trajo don Juan Belmonte



el que ejecuta Pepe Bienvenida



...el molinete de Pepe Luis Vázquez

No hace muchos días, en una página de esta revista, don Natalio Rivas publicó un interesante artículo en el que se ocupaba de una de las muchas suertes del torero desterradas.

Referíase el ilustre académico de la Historia al salto con la garrocha, lance muy antiguo, resucitado la última temporada por el modesto novillero granadino Pepe Calabuig, y que durante su taurómaca existencia ejecutaron con singular maestría, además de los lidiadores citados por don Natalio, el banderillero Manuel Lagares y los que llegaron a ser matadores de toros Juan Sal, Saleri, y Rodolfo Gaona.

Prolijo sería enumerar, dedicándolas la debida atención, las muchas suertes que con la acción del tiempo se han perdido definitivamente, y si bien es cierto que algunas de ellas, al ser desenterradas, no gustarían en la actualidad por lo que tienen de acrobáticas, tales como la lanzada a pie, el salto del trascuerno, el cabeza a rabo y otras que no es menester citar, las hay que, al desempolvarlas, serían del agrado de los espectadores, como en 1910 lo fué el lance inventado por José Delgado, Pepe-Ilo, y resucitado por el expresado lidiador azteca, que ha pasado a la posteridad con el nombre de «gaonera», y como lo ha sido en Madrid, la última temporada, el magnífico par de banderillas, citando sentado en una silla, ejecutado por Pepe Bienvenida ante el entusiasmo del público.

¿No volvería a ser celebrado y aplaudido el pase natural, con la mano izquierda, rematado por alto, con el que Vicente Pastor iniciaba, por lo general, las faenas de muleta?

¿Dónde fué a parar aquel otro pase ayudado, por bajo, pase tan preparatorio como el de pecho para matar recibiendo, que con tanto temple y finura —algunas veces rodilla en tierra— ejecuta-

ban Bienvenida, padre de los actuales matadores de toros, y Rafael el Gallo?

Otro lance que se ha desvanecido por completo es la larga cordobesa, aquella larga elegantísima que aportó al toreo el coloso Rafael Molina, Lagartijo, y que aun vimos en los palenques realizar a Joselito, inolvidable torero que, llevado de una afición sin límites, de vez en cuando lanceaba por navarras y galleaba a los toros, saliéndose por las afueras, llevando airoso el capote sobre los hombros.

Antonio Reverte Jiménez, el diestro de Alcalá del Río, torpe de piernas, pero sobrado de valor, entusiasmaba a los aficionados de su tiempo con sus famosos y emocionantes recortes capote al brazo, recortes a los que echó la llave el popular matador de toros, madrileño, Antonio Sánchez.

Y del mismo torero que, al ser anunciado en los carteles, hacía —según la copla popular— que se volviera loca la gente de Sevilla y de Alcalá, era también aquel célebre cambio, con la muleta plegada, prólogo de sus faenas, con el que Antoñito Bienvenida nos hizo este año en el monumental coso de las Ventas recordar al famosísimo lidiador.

Los lances de tijerilla que Marcial Lalanda ejecutaba alguna vez; el quiebro de rodillas, de Fernando Gómez, Gallo; la larga afarolada de su hijo Rafael, y otras suertes, con el capote y la muleta, celebradas en todas las épocas, cayeron en desuso de lamentable manera, restando al espectáculo variedad y reduciéndole hasta caer, en muchas ocasiones, en la mayor monotonía.

Por eso, cuando surgen en la tauromaquia valores nuevos como el joven Luis Miguel Dominguín, resucitando suertes clásicas —esa larga cambiada a porta-gayola que viene prodigando es una prueba—, los que hemos conocido la fiesta en todas sus

dimensiones artísticas sentimos un extraordinario y evocador placer.

Si dejamos a un lado el llamado quite de la «mariposa» —un galleo por delante de la inventiva de Marcial—; la «chicuelina», creada por el ya veterano Manuel Jiménez, Chicuelo, y ese pase por alto «sobaquilleado», tan celebrado por la «galería», que han dado en llamar «manolete», cuando en realidad fué una genialidad del lidiador, hoy inactivo, Victoriano de la Serna, ¿qué otra suerte nueva se aportó al arte de lidiar toros?

Si mi memoria no me es infiel, ninguna.

Y ya que hemos hablado de suertes nuevas y desterradas, no terminaremos sin dedicar un espacio al llamado pase de molinete, que no es ciertamente el que nos trajo Belmonte cuando debutó en el circo madrileño en marzo de 1913, y que, hasta el momento actual, tantos cultivadores ha tenido.

El auténtico pase de molinete —también olvidado— es el que se da con la muleta llevada en la mano izquierda, iniciándose como el natural; y cuando el toro está empapado en el engaño, se saca la muleta por debajo del hocico, como en la navarra, y se da una vuelta delante de la cara, quedando, al terminar, cuadrado el torero con la res.

Muy antiguo es este pase, en cuya ejecución se revela la existencia del diestro que domina el toreo al natural, ignorándose a ciencia cierta quién le ejecutó por primera vez.

Muchos aficionados aun viven que, desde Guerrita a Rafael, el Gallo, se lo vieron ejecutar a muchísimos toreros, y con tal pase se puede cortar toreo en redondo —constituido éste con la lizazón de tres naturales—, sin necesidad de desmoverse en el de pecho, cosa ésta que tiene, indudablemente, mayor mérito.

También hemos visto a otros lidiadores, entre ellos a Domingo Ortega, ejecutar el molinete, sin iniciarlo, como antes se ha dicho, con el pase natural, cortando el ayudado por el lado derecho y girando el torero hacia el izquierdo, en las astas del cornúpeto, como gráficamente demostramos con la instantánea que de dicho artista reproducimos.

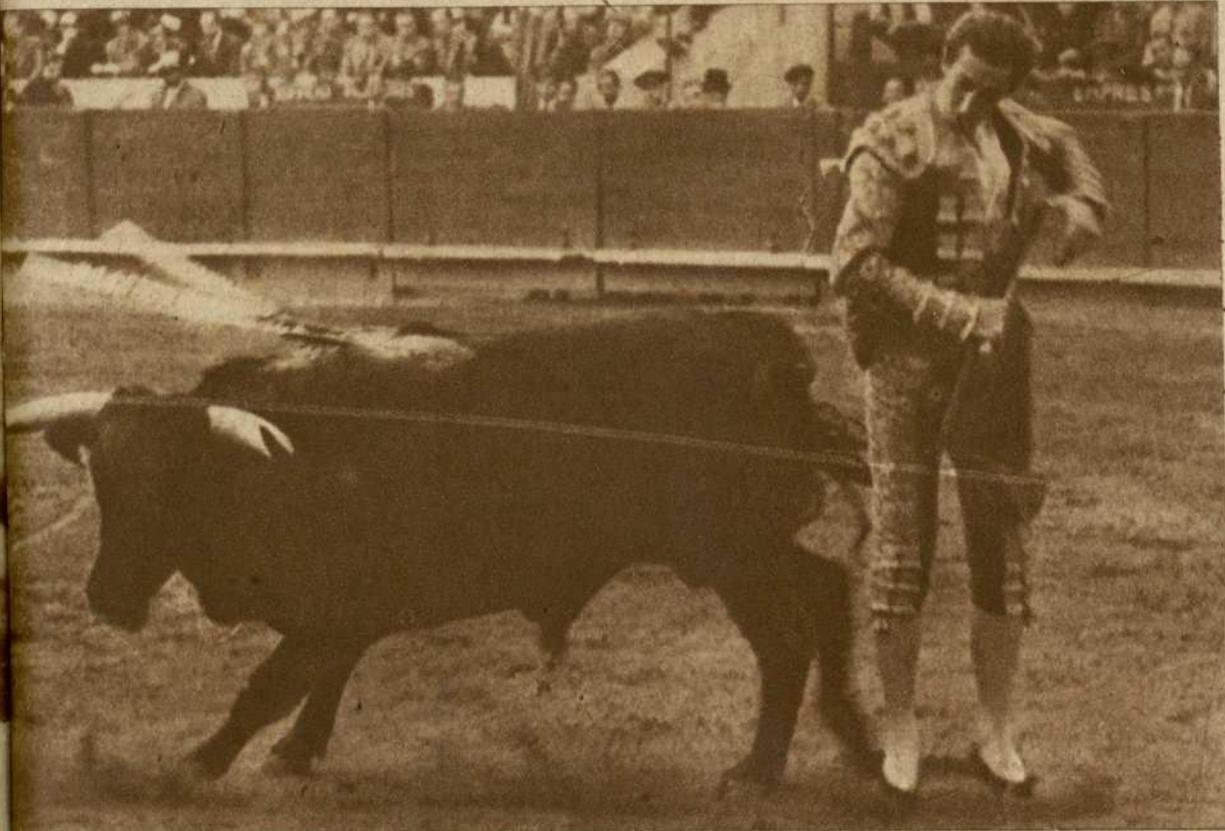
El molinete belmontino —le seguiremos llamando así— es el que ha hecho más furor; pero, en realidad, sólo es un recorte con la muleta, pegándose el diestro, a cabeza pasada, en el costillar izquierdo de la res, «patinando» hacia sus cuartos traseros, y dando a la vista del público una falsa emoción.

Cuando Juan, en su debut de novillero ya expresado, se le ofreció a los espectadores, éstos, ante la novedad, se quedaron perplejos, y los críticos de entonces se dividieron: unos, llamándole recorte con la muleta, y otros, molinete.

Muchos años han pasado, y no vamos ahora a obstinarlos en demostrar cómo los primeros cronistas en puntas estuvieron más acertados que los segundos.

Sígasele, pues, llamando molinete; pero conste que el auténtico y desaparecido es el que se realiza con la siniestra mano, extremidad que, en definitiva, es la que tiene mayor mérito, cuando con ella se torea con la muleta.

DON JUSTO

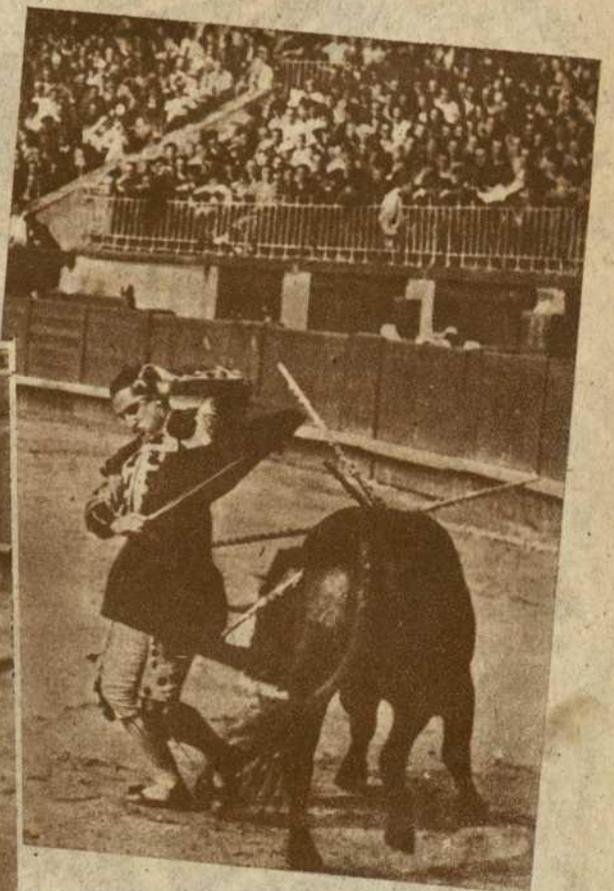
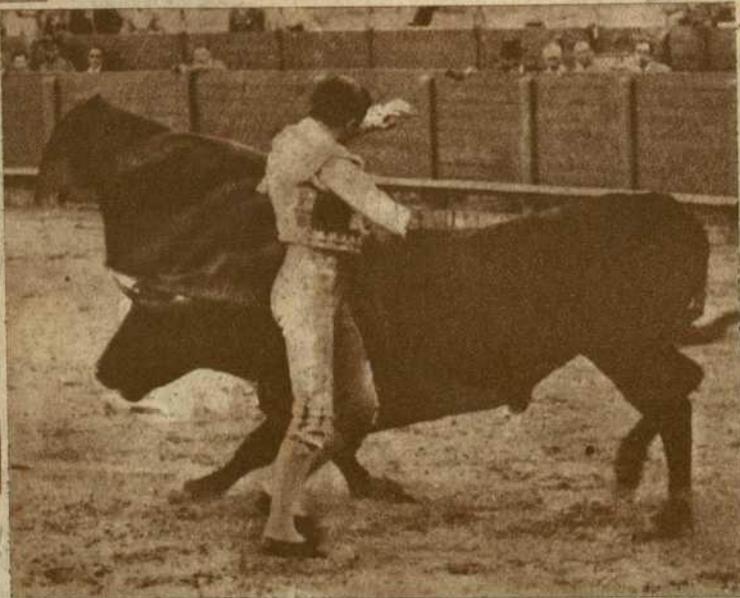


...Manolete lo da así



molinete de ro-
de Luis Mi-
guel

...cómo lo ejecuta el sevillano Pepín Martín Vázquez



...Juanito Belmonte en su clásico molinete

VERSOS TOREROS

EL "AFICIONAO" VIEJO (CARTEL DE FERIA)

Roberto Domingo pinta
en la esquina un toro negro...
Divisa de sol y sombra
que va azotando los vientos.
Las pezuñas, en la arena,
levantan nubes de miedo,
y... trae un contrato en blanco
en las puntas de los cuernos.

—Cartel de feria de toros,
de toros..., no de becerrros.
No me mire usted «asombraon»,
que usted no tiene recuerdos;
ha nacido hace ocho días
y es «aficionao» sin seso,
sin solera, sin estirpe,
sin gracia y sin abolengo.
En las barreras del «amon»
se me hizo de nieve el pelo,
y ya voy para setenta...;
¡fijese qué «castan» tengo!

Y lo dicho..., dicho está;
que nadie venga a moverlo.
Son toros para muchachos,
«erales», de tentadero,
fieras..., que piden permiso
para coger a los «adiestros»,
«adiestros» de qué...; ¡vamos, hom-
si no fuera porque llevo [bre],
en la sangre de las venas
la «afición»..., iban a verlos:
el presidente, los «monos»,
los alguaciles y... un ciego.

El Guerra, fijese, niño,
y eche la mano al sombrero,
ponía las banderillas
en alas alturas de un cerrón;
Lagartijo recortaba
una «noche en movimiento»;
Vicente, «Soldao romano»,
con un estoque de hierro,
se encunaba entre dos velas

que le alumbraban el pecho.
Hasta el menor de los Gallos
y Belmonte el trianero;
después..., ¡más vale no hablar!,
tan triste estoy cuando vuelvo,
que todos dicen en casa
que si vengo de un entierro;
y eso es..., un muerto. Usted
nació ayer: vinillo nuevo,
que se sube a la cabena
en tardes de aburrimiento.
Ya sé lo que va a decirme,
en la memoria lo tengo:
«Un lance con los pies juntos,
lento..., lento..., lento..., lento...»,
y ahora le contesto yo,
con la libertad de un viejo:
«Con un toro de confite
tan pequeño..., tan pequeño...»

¿Dominio?... No me haga gra-
[cia.

¿Temple?... Con toros de aqué-
[llos.

Agonizan las corridas,
tartas de «toritos tiernos»,
primor de confitería
bajo un sol de caramelo.

Ahora se fija la gente
si es bonito, si es esbelto;
la gracia con el «espada»
se apoya en el «burladero»;
si tiene los risos rubios
o tiene los ojos negros...

Yo... ya no vuelvo a los toros;
me quedo con mis recuerdos.
Por los caminos azules,

hacia una Plaza de sueño,
vuela aquella jardinera
bulliciosa de Frascuelo.
Largas de sol y de luna,
al toro bravo del viento
da Lagartijo, solemne,
como un rey en el destierro;
Guerrita parecía a una nube
y agoniza El Espartero,
muerto, por segunda vez,
por heridas de desprecio...
¡Que no se empeñe usted, amigo;
lo dicho, que ya no vuelvo!...

El «aficionao»: don Paco,
don Luis, don José, don Pedro...,
contempla el «cartel de toros»
y muerde el puro en silencio...;
pero lleva su barrera
en el bolsillo de dentro,
por qué..., ¡maldita «afición»!,
y ha de marcharse corriendo,
que son las seis, y... no quiere
que se le pierda el paseo...

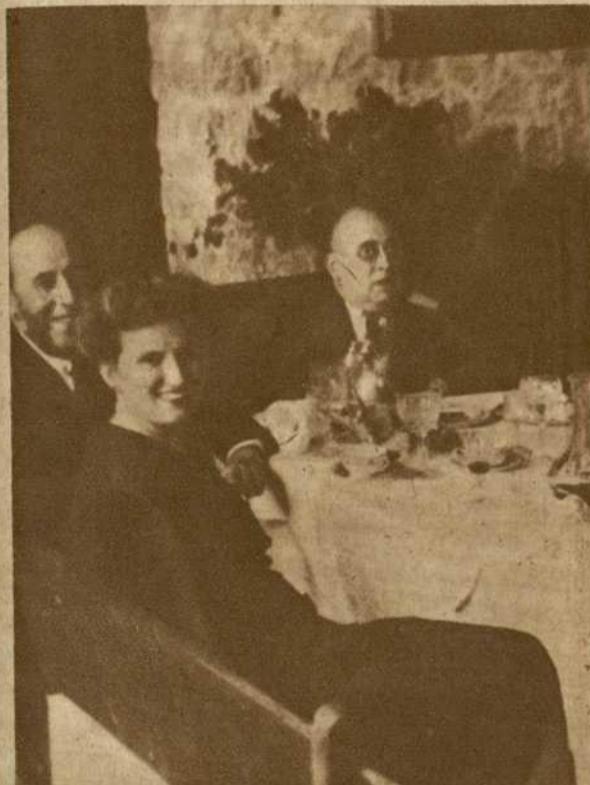
Dando cornadas al aire,
bullicioso y dominguero,
Roberto Domingo pinta
en la esquina un toro negro...

MARTINEZ REMIS



UNA GRAN AFICIONADA DICE...

“Es el espectáculo de mayor emoción que existe”



HABLAMOS con la esposa del doctor Oliver. Es una de las ilustres aficionadas, «de categoría y con solera», que lucen su belleza y su distinción en el palco 9. Y sus conceptos sobre la fiesta están llenos de femenina gracia.

La señora de Oliver ha empezado por asustarse un poco al saber que íbamos a preguntarle cosas de la lidia y que ella tendría que decirnos algo importante sobre ésta, algo de eso que dicen los veteranos taurómacos que han tomado sus primeras papillas en los tendidos de las Plazas de toros. Pero al fin se tranquiliza y nos confiesa:

—En realidad, más que aficionada a los toros, soy aficionada a la afición de los toros.

—Pues empieza usted por decir algo bueno. ¿Qué es lo que le interesa de la afición?

—Cuando voy a una corrida, encuentro curioso y divertido estudiar las reacciones del público, en los momentos de emoción, cuando en el ruedo se desarrolla el gran espectáculo, la tragedia alegre de la lidia. En ese momento se aprecia, si se dedica una a la observación del público, el verdadero temperamento de cada

uno: su entusiasmo, su mal humor, su frialdad...

—¿Quiere eso decir que lo que pasa en el ruedo le interesa menos que el espectáculo del público?

—Me interesa. Pero siempre a través de las reacciones del espectador, del buen aficionado, se entiende, del que sabe apreciar los matices del toreo.

—¿Se aburre usted alguna vez en los toros?

—No, no... Para mí es el espectáculo de mayor emoción que existe. No encuentro otro que supere en interés al de observar los matices del temperamento de los grandes aficionados en los momentos apasionantes del juego con la muerte.

—¿Y qué le parecen los que chillan y dicen insultos?

—Esos no despiertan mi interés. Me parece horrible el insulto. Y no comprendo qué culpa tienen las madres de los toreros de lo que su hijo esté haciendo con el toro, aunque sean verdaderas trastadas. En realidad, a mí siempre me parece que está muy bien lo que hacen los toreros. Como no soy una entendida, no reparo en esos detalles de si está o deja de estar fuera de terreno. Confío mucho en la inteligencia del torero. Por eso estoy siempre tranquila cuando presencio una corrida. Creo imposible la cogida, porque el hombre, con su destreza y su cerebro, domina siempre a la fiera. Por lo menos esa es la sensación que a mí me hace el ver, frente a frente, al torero y al toro.

—¿No ha visto usted ninguna cogida?

—He tenido suerte en eso. Recuerdo una, sin embargo, que me impresionó dolorosamente: la de Ignacio Sánchez Mejías.

—¿Cuál es el momento que más le gusta de la lidia?

—Las banderillas. El coqueteo de la suerte de banderillas; lo encuentro bonito y gracioso. En cambio me horroriza la suerte de varas. Y encuentro demasiado impresionante el momento de la muerte del toro. Entonces termina para mí el interés de la fiesta y ya no puedo ver nada. Cuando verdaderamente disfruto yo de una buena corrida de toros, es cuando al día siguiente, y en días posteriores, leo los comentarios de las revistas y escucho o leo también la crítica de los buenos aficionados. Esos son los momentos, para mí, de saborear esa corrida, de la que has ta entonces no aprecio su calidad.

—Es gracioso.

—Gracioso, no sé si será. Pero tiene sus ventajas, no le quepa duda. El que se apasiona y aprecia el valor de una corrida cuando la está viendo, disfruta mucho en ese momento. Pero le dura la emoción menos que a mí, que disfruto con la de los demás.

—¿No le hubiera gustado torear?

—No. Nunca me pareció bien que la mujer se metiera en el terreno del hombre y, como es



Savoi

natural, me gusta menos aún que se meta en el del toro. Tengo amigas que torear. No me parecen nada censurables. Pero yo no torearía nunca.

—¿Hace mucho tiempo que va usted a los toros?

—Empecé a ir después de la guerra, en Madrid, con el grupo de grandes y entendidos aficionados del 9.

—¿Siente usted preferencia por el modo de torear de alguna de las figuras del momento?

—Me gusta la manera de torear de cada uno de ellos, porque todos son valientes y el valor es lo que admiro en el toreo.

—¿Qué recuerdo guarda usted de la primera corrida que vió?

—Desastroso. Fué en Badajoz. Era yo entonces casi una niña aún, y mi única ilusión consistía en estar mona en aquella solemne ocasión que se me había presentado de presidir una corrida. Y tanto me impresioné, que terminé con la mantilla torcida, los claveles caídos y despeinada, como si en vez de presidir una corrida hubiese toreado por primera vez.

—¿Le gusta la moda de la mantilla?

—No es la mantilla, ni los claveles, ni el paseo lo que me interesa de los toros. Creo que ya le he explicado mi manera de ser aficionada.

Y como efectivamente es así, nos despedimos de esta gran aficionada a la afición de los toros.



UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL •

Consejo
sanitario
n.º 3979

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

DIFERENCIAS Y CONTRASTES

DE AQUELLOS VIEJOS TOREROS QUE VEMOS EN LAS PAGINAS DE "LA LIDIA"

Y de los de ahora, con algunas reflexiones sobre el cambio de estilos en los ruedos y fuera de los ruedos

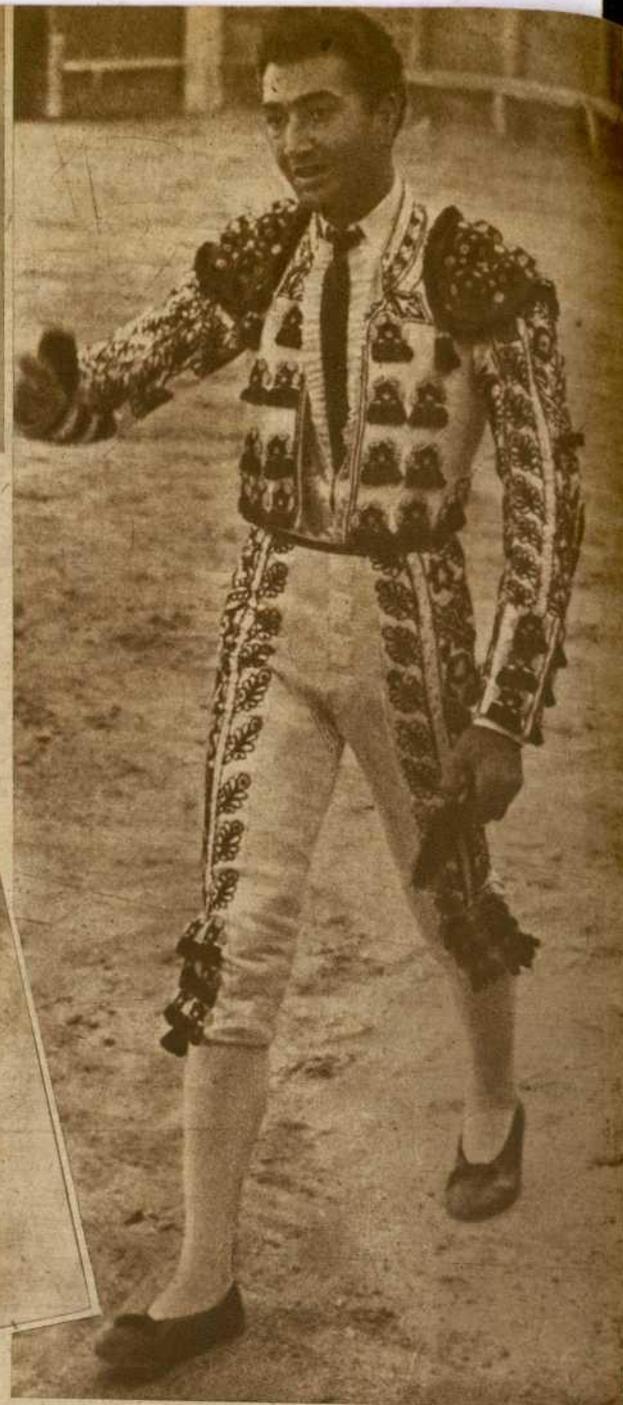
Es irremediable que cuando nuestra vista se tropieza con las viejas estampas taurinas, especialmente de lidiadores, la evocación adquiere un cierto sentido romántico. La montera más ancha, los trajes de luces más amplios, era otra la silueta. Para la calle, un atuendo que también tenía específico aire de tauromaquia. El torero no se confundía con cualquier otro tipo. Ahora, los tiempos y las costumbres han cambiado. Aunque las líneas esenciales de un vestido de torear sean las mismas, la figura nos parece más estilizada. Si alguno de aquellos antiguos matadores o banderilleros surgieran en un ruedo actual, con su ropa y su estilo, nos parecería anacrónico, risible. ¿Son más elegantes los actuales? No sé si se puede afirmar esto. En general, los hombres se parecen poco a aquéllos, que solían ser gordos, rechonchos. Casi todos los toreros tenían abundantes carnes. Hoy, es distinto: son delgados, espigados. Manolete, Luis Miguel y El Estudiante se pueden presentar como prototipos. Es acaso que el modo de lidiar exige otra estructura fisiológica. Los matadores de las viejas estampas tenían carrillos redondos y pesaban muchos kilos. Hay en esto un paralelismo con los toros. También, en otro tiempo, lucían abundantes redondeces y pesaban mucho más. Todo se ha afinado, se ha estilizado. Y como lo físico influye —o en todo caso es una consecuencia, un síntoma—, podemos asegurar que el ambiente, en las cosas taurinas, ha sufrido también una sustancial evolución.

«La Lidia» concreta ese sentido diferencial. Cuando, alguna vez, pisa la arena un torerillo modesto, desgarbado o que tiene más años a la espalda de los que parecen corresponder a los que se inician en la carrera de la torería, decimos, invariablemente: —Parece de «La Lidia». Es el punto de referencia. Lo primero para apreciar la disparidad en la presencia física es la edad. Los toreros antiguos llegaban a viejos sin abandonar el ejercicio. Las estampas que reproducen sus figuras o las fotografías de los que, más modernos, se hallaban en el ejercicio cuando surgieron las fotos, nos hacen pensar en hombres ya maduros. De la fisonomía y la silueta de los que actuaban a la de los que pasaban a los obligados descansos, en la vejez, la distancia, en lo aparente, se nos antoja escasa. Ahora se retiran con menos años, o conservan la juventud durante un tiempo más dilatado. En esto, quizá, resida la explicación.

Y en que los viejos podían torear como se toreaba antes. Lo que no quiere decir que les faltase valor,



Estamos en el año 1911. No han pasado muchos años, pero esta fotografía de Machaquito supone una diferencia muy notable con esta otra...



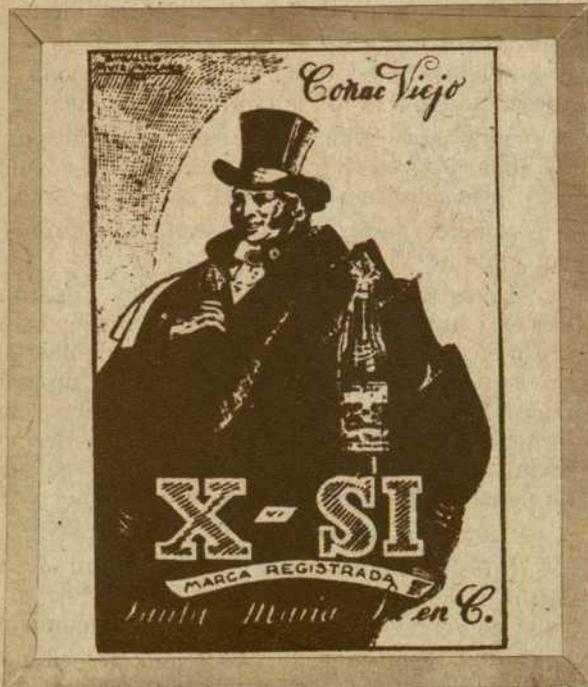
... de 1946, del gitano Albalcín, figura estilizada... y un vestido de torear —verdadera filigrana— que responde a un estilo «muy de nuestro tiempo»

corazón para jugarse la vida. Pero ¿podrían hacer lo que hoy se hace? Hasta desde un punto de vista plástico, de conjunto, la figura del torero, fino, cimbreante, estilizado, es la que requiere el modo de entender hoy la lidia. Esto se presta a muchas disquisiciones, naturalmente. Hay quienes afirman que tanto cuidado por el esteticismo no es lidia precisamente, que lidiar es preparar los toros eficazmente para llegar al momento supremo, al de la muerte. Frente a esta tesis, somos muchos los que pensamos que el torear es un arte y no un ejercicio de orden práctico. Para matar los toros, sin el grado de lucimiento, de belleza, de prestación artística que se debe poner en la lidia, están ya los mataderos, y no hay que convocar millares de espectadores y exponer a la cornada mortal a un hombre vestido con seda y oro. Yo creo que lo que se ha avanzado en el sentido de sacrificar viejas maneras —esas, que se pueden reputar destreza, maestría de lidiar, pero con menos estética— para ir depurando estilos, y que la estampa del hombre y el toro sea cada vez más bella, más sugestiva, ha revalorizado la fiesta. La prueba está en que, después de unos cuantos años de atonía, grises, lo cual no excluye que hubiera valores individuales estimables, vino la reacción, con su acompañamiento pasional, que es inevitable, por cuanto representa la ilusión renacida. No cabe duda que se torea de modo distinto. Y para ello, las figuras físicas importan, tienen su razón y encaje en la forma de hacer actual. No nos imaginamos a Mazzantini, a Cara-Ancha, al mismo Guerra, en sus años finales, ni a Vicente Pastor —a pesar de que fueran artistas y valientes— en los terrenos que hoy pisan los toreros, desde que llegó la «segunda revolución». Entre otras cosas, porque «no cabrían». Y así, los dibujos de entonces eran distintos de los

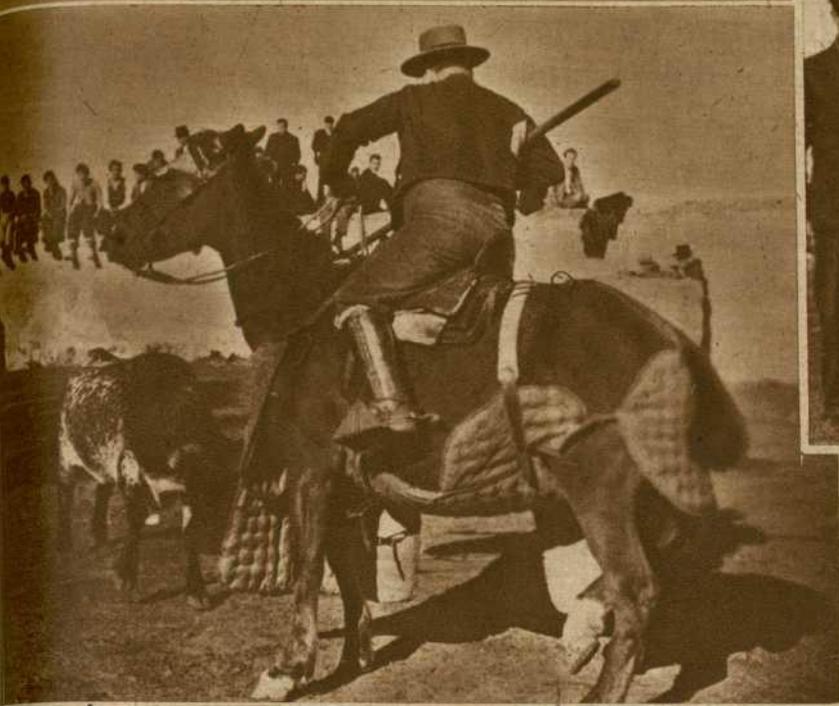
de ahora. Si los toreros del siglo XIX y principios del XX levantarán la cabeza, sólo ante un cartel de toros, donde —con la natural hipérbola— se señala el grupo compacto, confundido, de toro y torero, se espantarían.

En la calle, en la vida social, el estilo y la psicología han cambiado también fundamentalmente. El torero antiguo, allá donde iba, si no se le conocía de cara, se delataba. El torero era torero en todas partes, a todas horas. Su ropa, su modo de andar, sus dichos, sus ademanes, todo, revelaba al artista de los ruedos. Hoy, el matador de toros, y hasta el banderillero —a pesar de que suelen tener más años y han conservado un poco las costumbres, el apego al ambiente que conocieron—, no se delatan. Son como los demás. Y su trato, su «barniz», son otros. En las viejas crónicas, en el teatro —como reflejo de las costumbres—, se presentaba la amistad y el convivir del «señorito» y el torero como una concesión del primero. Hoy, el torero es tan «señorito» como el que más. Y por regla general, su conversación, lo que ha leído, la mediana preparación, en disciplinas y por curiosidad ajenas a su oficio, no desmerecen de las que puedan exhibir los de otra condición o actividad profesional. Este es el cambio. En la presencia física y en la manera de ser y de comportarse. Hoy no serían posibles esas anécdotas que llenan todo un apartado de la literatura pintoresca, en las que, a cambio de ingenio y de gracia, se destacaba la incultura de los toreros. Y por eso mismo, la estampa, que a veces encontramos en una página vieja de «La Lidia», tiene el valor y el significado de lo que pasó, de lo que fué superado.

FRANCISCO CASARES

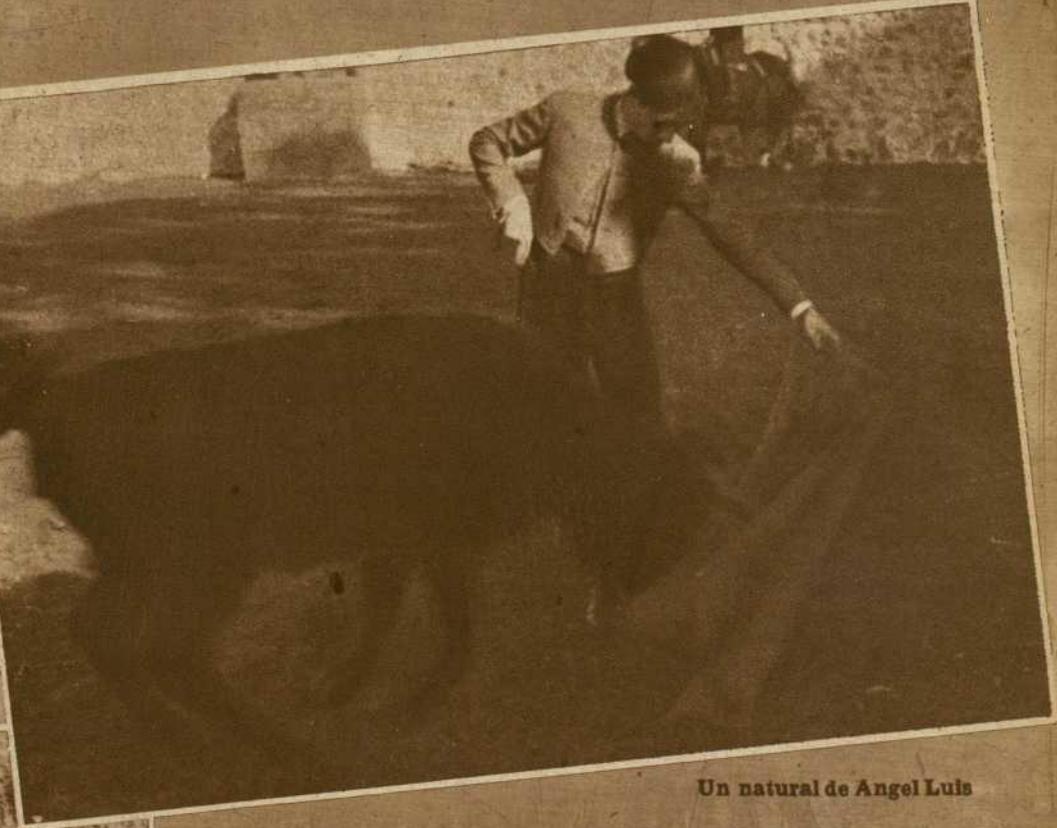
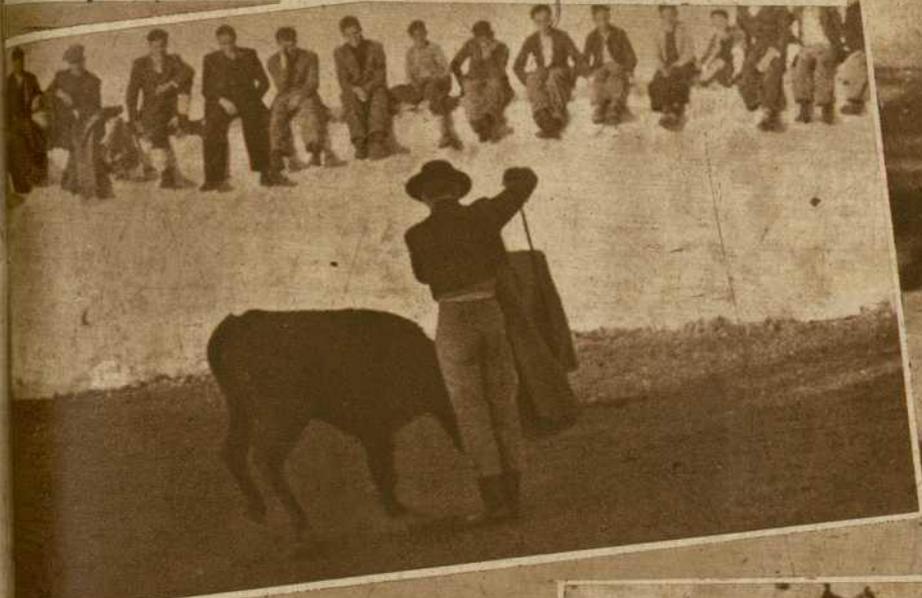


EL TORO EN EL CAMPO



Una de las vacas arrancándose al caballo

En la ganadería de don Bernardino Jiménez se han celebrado las faenas de tiesta, a la que asistieron, en calidad de asesores, los hermanos Bienvenida



Antonio Bienvenida en un mulero por bajo

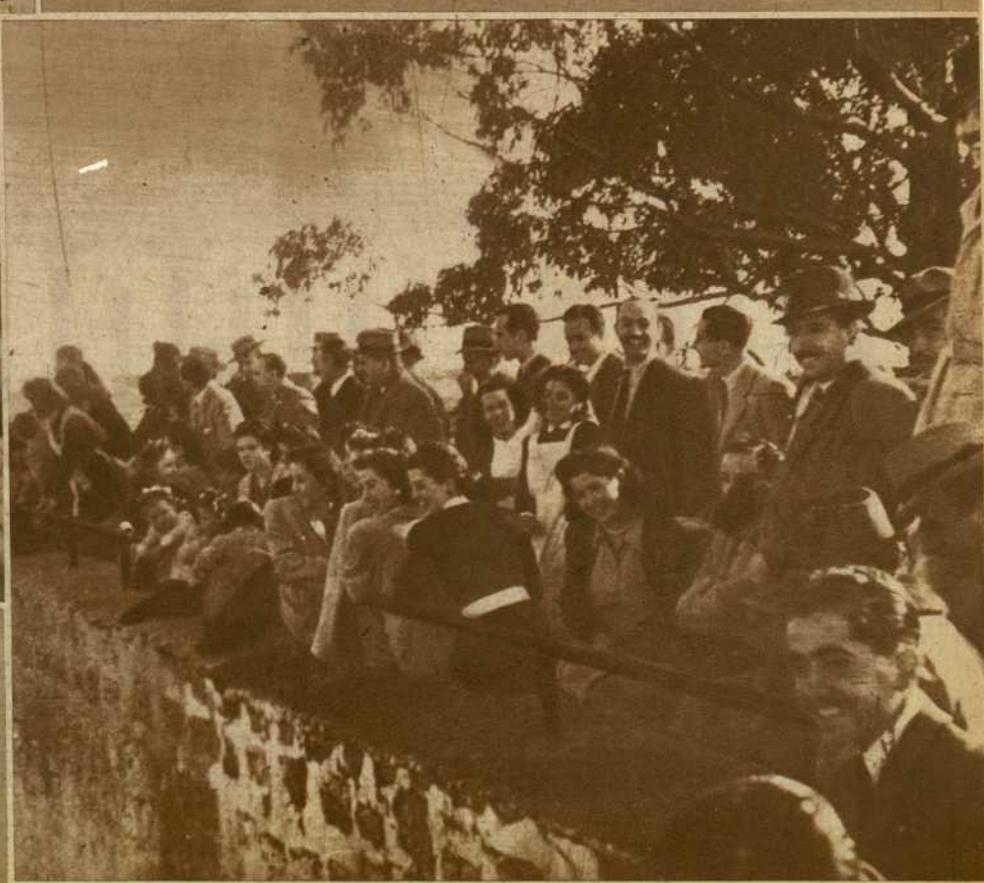
Un natural de Angel Luis



El hijo del ganadero toma nota de las varas que reciben las vacas

Media verónica de Juanito

Un aspecto del palco de invitados (Fotos Mari)





Toscano



Simao da Veiga



Morenito de Talavera Chico



Manolo Martín Vázquez

Festival taurino en Sevilla.--Antonio Toscano confirmó su alternativa en Méjico, cortó una oreja y salió en hombros.--Se presentó en Caracas el rejoneador portugués Simao da Veiga.--Triunfó nuevamente en Bogotá, Conchita Cintrón, y Morenito de Talavera Chico, cortó dos orejas

— El viernes, día 20, Rafael el Gallo buscaba afanosamente vigésimos del número 25.000 del sorteo del día 21, porque estaba seguro de que en dicho número iba a caer el «gordo». Y dijo que si le tocaba el primer premio, «metería el dinero en la Caja de Ahorros». «Ya he aprendido a vivir.» La suerte no ha querido que Rafael demostrase que, efectivamente, ya ha aprendido a vivir.

— El sábado, día 21, dió su anunciada conferencia en el Club Taurino Madrileño el crítico taurino, redactor de «A B C», señor Carmona Victorio. Disertó sobre el tema «En la actualidad está aminorado el riesgo en los lidiadores». Expuso los grandes adelantos logrados en la práctica de la cirugía taurina, y llegó a la conclusión de que, merced al avance de los modernos procedimientos quirúrgicos, que preserva en muchos casos del riesgo de perder la vida, se ha producido en la psicología del torero un sentimiento de confianza que le ha permitido llegar a la estilización del toreo. Carmona Victorio fué muy aplaudido.

— El domingo se celebró en Sevilla un festival taurino para arbitrar fondos con destino a la cabalgata de los Reyes Magos que organiza todos los años el Ateneo. El duque de Pincheiramos ejemplificó un becerro de su ganadería, y los matadores de toros Manolo y Pepín Martín Vázquez, Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín y el novillero Manolo Rojas lidiaron reses de las ganaderías de Pérez de la Concha, Pablo Romero, Santa Coloma, Carlos Núñez y Benítez Cubero, reses que cedieron gratuitamente los ganaderos. La entrada no fué buena, a causa del intenso frío. El duque de Pincheiramos clavó dos rejones y dos pares de banderillas buenos. Pie a tierra, hizo faena valiente y dominante, y mató de dos pinchazos. (Ovación.) Manolo Martín Vázquez dió cinco verónicas muy buenas. (Ovación.) Tres pares enormes. (Ovación.) Hizo faena variada y valiente, que fué coreada por el público; pero no tuvo suerte al herir. Antonio Bienvenida toreó superiormente con la capa. Clavó tres magníficos pares de banderillas, y con la muleta hizo faena bonita y variada. Una estocada recibiendo, y descabella a pulso. (Ovación, dos orejas y vuelta al ruedo.) Luis Miguel Dominguín toreó colosalmente por verónicas. Le cede el caballo el duque de Pincheiramos. Luis Miguel clava dos pares a caballo enormes y otros dos magníficos pie a tierra. (Ovación.) Hace colosal faena por natura

les, y mata de media estocada. (Ovación.) Pepín Martín Vázquez veroniquea bien. Muletea valiente y artista, y mata de dos estocadas y el descabello. (Ovación.) Manolo Rojas está valiente con el capote. Clava tres excelentes pares de banderillas, y tras faena confiada, mata de dos estocadas y el descabello. (Ovación.)

— En Méjico confirmó el domingo su alternativa Antonio Toscano. Fué padrino Gitanillo de Triana, y testigo, Silverio Pérez. En el primer toro no hizo Toscano nada notable con el capote. En la faena de muleta, sólo unos derechazos merecieron los aplausos del público. Con el estoque dió cuatro pinchazos y tres intentos de descabello. (Pitos.) En cambio, en el sexto, Toscano triunfó. Toreó muy bien con el capote, y con la muleta hizo magnífica faena, en la que destacaron dos series de naturales y una de derechazos que valieron al matador grandes ovaciones. Mató bien, y le fué concedida la oreja, y salió en hombros. Gitanillo oyó aplausos en el primer tercio del segundo toro. Hizo una faena vistosa y torera, y mató bien. (Ovación y vuelta al ruedo.) En su segundo se hizo aplaudir al torear de capa; pero con la muleta no pasó de regular. Mató de una estocada desprendida. Silverio Pérez dió cuatro verónicas formidables al tercero. La faena a este toro fué mala, y mal estuvo también con el estoque. (Pitos.) En el quinto estuvo aún peor con muleta y estoque, y oyó muchos pitos.

— Por noticias particulares, se sabe que el domingo actuó en Tampico Morenito de Talavera, que lidió toros de Matancillas. Según dichos informes, Morenito cortó orejas.

— En Caracas se presentó el rejoneador portugués Simao da Veiga. Como jinete y como rejoneador, su triunfo fué completo. Paco Lara y Niño de la Palma tuvieron una actuación gris.

— En Bogotá se celebró la segunda corrida de la temporada. Conchita Cintrón obtuvo un éxito clamoroso. Rejoneó y banderilleó a caballo de manera prodigiosa. Hizo a su primero una faena valiente y torera, que fué ovacionada, y a su segundo, después de colocarle tres rejones y un colosal par de banderillas, le hizo una colosal faena y lo mató bien. Cortó las dos orejas y el rabo. Los toros lidiados por Conchita Cintrón eran de la ganadería de Vista Hermosa. Morenito de Talavera Chico y Curro Rodríguez lidiaron dos toros de Las Fuentes y dos de El Tablón. Los dos oyeron muchos aplausos toreado y banderilleando. Morenito de Talavera Chico cortó las dos orejas de su primero.

EL pasado jueves, día 19, se celebró un acto en honor de Pablo Celis (el Bombero Torero). Se homenajeaba al popular torero bufo por sus éxitos en la pasada temporada y para desearle muchos más en la campaña que va a emprender en América. Con Pablo Celis ocuparon la presidencia los ex matadores de toros Manuel Mejías (Bienvenida) y Domingo González (Dominguín) y los señores Ramos de Castro, Casanova, Castán Palomar y González. Juanito Bienvenida dió cuenta de las adhesiones. Cristóbal Becerra ofreció el homenaje, y el Bombero Torero dió las gracias.

— Convocada por el Grupo Taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo, se celebró el pasado jueves una reunión de subalternos para estudiar cuestiones que atañen a las relaciones entre matadores y picadores y banderilleros. Se acordó el nombramiento de una Ponencia.

— En la dehesa de Cañada de Hincosa, de Linares, se efectuaron las faenas de tiente de varias vacas de la ganadería de don Bernardino Jiménez, que posee parte de la vacada de Villamarta. Tomaron parte en las faenas y torearon mucho los matadores de toros Antonio y Angel Luis Bienvenida y los novilleros Juar Bienvenida, Amadeo Monleón y Domingo Carrión.

— En la Monumental de Méjico, para que Alvaro Domecq probará los caballos que ha llevado, se lidió a puerta cerrada un toro. Domecq causó gran sensación a los aficionados que tuvieron la fortuna de presenciar la fiesta.

— El pasado día 21 cumplió veinticinco años el matador de toros Pepe Luis Vázquez.

BLENOCOL
Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL

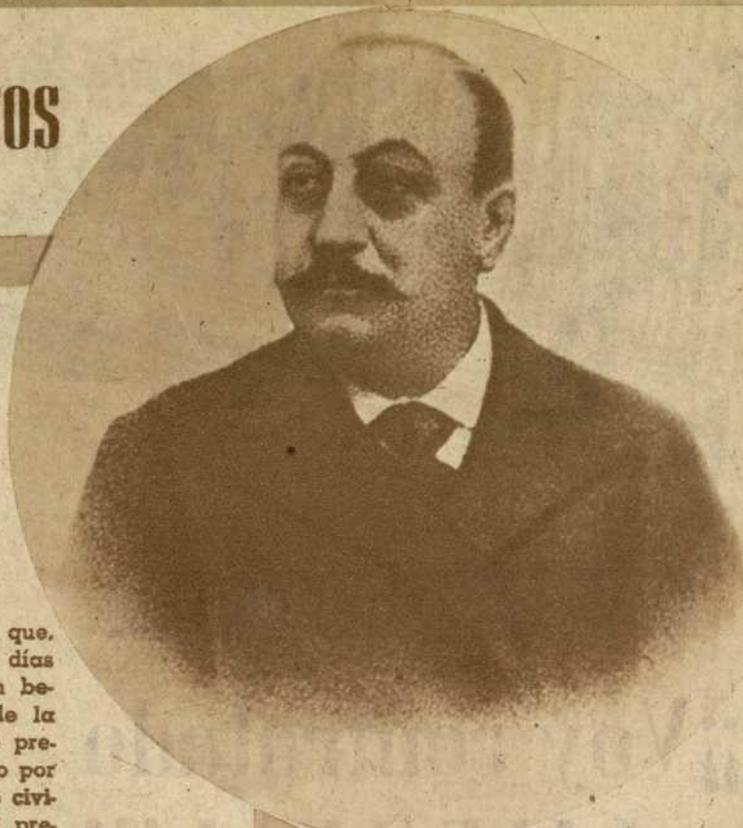


EDUARDO DEL PALACIO, SENTIMIENTOS

PREFIRIO EJERCER EL PERIODISMO A SU CARRERA DE INGENIERO INDUSTRIAL

Publicó más de doce mil artículos y estrenó diversas obras con éxito

PRESENCIANDO UNA BECERRADA RESULTO HERIDO DE CONSIDERACION



Don Eduardo del Palacio, Sentimientos

Nadie me venga con cuentos,
es un hombre sin segundo;
¡boca abajo todo el mundo!
en donde esté Sentimientos.
Suelta los chistes por cientos,
tiene gracia por quintales;
es de los más principales
del gremio de revisteros
y alterna con los primeros
en papeles más formales.

M. SERRANO GARCIA-VAO
(DULZURAS)

DECIR, hace cincuenta años, que Eduardo del Palacio era un escritor amenísimo, gracioso, fecundo, poseedor de un ingenio privilegiado y de una imaginación inagotable, hubiese sido incurrir en la vulgaridad, ya que por aquel entonces eran muy pocos los aficionados a la literatura que no habían leído, cuando menos, uno de entre los millares de artículos salidos de su pluma.

Hoy, sí; hoy se hace preciso decirlo, para conocimiento de quienes no alcanzaron aquella época en que su firma era solicitada con ahínco por cuantos periódicos y revistas de importancia se publicaban en España, en la seguridad de que el solo anuncio de su colaboración traería consigo un mayor número de lectores.

Nacido en Málaga, Eduardo del Palacio estudió y concluyó la carrera de ingeniero industrial, que voluntariamente abandonó, para entregarse por entero a la literatura. Y en periódico tan popular como «El perro gordo», aparecieron sus primeros trabajos, que debieron ser muy del agrado de los lectores, por cuanto su nombre se extendió rápidamente, y sus escritos empezaron a ser solicitados con interés y leídos con verdadero placer.

Mas como de su fecunda labor sólo pretendo hacer mención de la referente a temas taurinos, diré que fué en «El Globo» donde empezó a escribir sus salodisimas revistas con el seudónimo de Sentimientos, que ofrecían la novedad de llevar mezclada, con la reseña de los lances taurinos, la nota satírica del día, generalmente la política, iniciándose entonces la verdadera carrera literaria de tan festivo escritor, cuyos chistes brotaban de su pluma con asombrosa naturalidad, y de los que el Padre Blanco dijo «que no solían distinguirse por su delicadeza y esmero, pero que en su traza inculta llevaban indeleblemente grabado su origen, como reproducciones fieles, hasta el exceso, del lenguaje popular». Y el escritor don José Castro y Serrano dijo más de una vez «que todas las mañanas lo primero que leía era un artículo de Palacio, porque en cada uno de ellos encontraba siempre tres o cuatro chistes clásicos.

Mencionar uno por uno los títulos de todas las publicaciones donde apareció su firma, es tarea laboriosa y que incumbe a sus biógrafos, limitándome, por tanto, a señalar su paso por «El Resumen», «El Globo» y «Sol y Sombra», por tratarse de publicaciones donde dejó abundantes pruebas de su competencia para ejercer la misión de revistero taurino.

Hombre afable, sencillo, natural, sin «pose» ni vanidad, fué en todo momento enemigo de llamar la atención ni hacer el más mínimo alarde de sus conocimientos taurinos como no fuese por medio de sus escritos. Fué cariñoso amigo de sus amigos, gran compañero, consejero amable y bondadosísimo de cuantos jóvenes acudían a pedirle guía y ayuda, y revistero desapasionado, que en todo momento supo dar a cada uno lo que en justicia merecía.

Su buen humor no sólo se reflejaba a diario en sus escritos, sino en su trato con las gentes, y aunque, como todo humano, hubo de pasar en la vida por trances amargos, por momentos dolorosos, nunca sufrió merma, manteniéndose siempre en el mismo tono, de cara a lo alegre, a lo desafiada-

do, y una prueba de ello es que, hallándose en cama, pocos días después de ser cogido por un becerro que saltó al callejón de la Plaza de Madrid, desde donde presenciaba un festival organizado por la Asociación de Funcionarios civiles, uno de sus íntimos amigos, pretendiendo darle ánimos, le dijo:

—Eso les ocurre a los valientes que se arriman.

—No —replicó Sentimientos, con su gracejo en él característico—. El que se arrimó fué el toro.

Sucedía esto unos meses antes de su muerte. El becerro le había herido de consideración en un muslo, y con la entereza y el ánimo de un joven soportó durante varios días las curas que le hizo el doctor Isla, cirujano al que debió Reverte no quedar inútil para el toro.

Colaborador asiduo de «Sol y Sombra» desde su fundación, hizo para este semanario las reseñas taurinas de las temporadas de 1898 y 1899, labor que hubiese seguido desempeñando de no sobrevenir su muerte, ocurrida en Madrid el 23 de enero de 1900.

Bien quisiera yo, en sencillo y modesto homenaje a la memoria de tan popular escritor festivo, ofrecer a los lectores de EL RUEDO algunos de sus trabajos; pero la limitación de espacio me impide hacerlo, por lo que sólo reproduzco en parte la reseña que hizo de la novena corrida de abono, celebrada en el anillo madrileño el 21 de mayo de 1899. Empezaba así:

«Como ya nos hemos acostumbrado a ver los toros con gemelos de teatro, pero mirando al revés, como va siendo achaque de todas las corridas de toros que las reses «sean infantiles» y ya salen al ruedo de esta Plaza de Toros menores de cuatro años, viendo una corrida de reses, siquiera con algún respeto, nos parece que estamos en otro circo.

Por esa desgracia frecuente de quedarse chicos y faltos de edad reglamentaria, los toros destinados a esta Empresa o a esta Plaza, viendo aparecer por puerta de chiqueros un toro como de veintiocho o treinta arrobas, como el primero de los del Pollo Barrionuevo, como decíamos antes, y hoy de don Antonio Campos, nos espantamos.

Y no diré yo que pueda generalizarse la fórmula también para los toreros; pero no sería calumniosa suponer que también a ellos o a varios de ellos inspiran algún cuidado, por los menos en esta Plaza, los toros hechos.

La corrida que mandó el señor Campos revela que es un ganadero cuidadoso de su nombre y de sus propios intereses, y de que respeta al público. No fueron todos como el primero, el cuarto y el quinto, de peso, pero sí toros con cara de tal.

Generalmente hicieron en varas buena pelea, y fué hacer, cuando de tal manera los picaron.

En banderillas se quedaban algo, lo que, teniendo en cuenta el escandaloso capoteo de los niños, nada tiene de extraño. El tercero tenía tendencias a la fuga y poca afición a la caballería, y el sexto cumplió hasta donde le dejaron.

El quinto fué el toro de la tarde, un buen toro en todos los tercios, y peor lidiado, si cabe, exceptuando la muerte, que todos sus hermanos.

Es decir, que si no demostraron gran codicia, puesto que también el segundo buscaba el paso al callejón, fueron toros, y si no tenían gran poder, algunos de ellos, el quinto, el sexto y el cuarto, sí tenían cabeza.

Por lo demás, de los tres matadores, sólo uno se destapó.

Torerito pasó con poca fiijeza y entró a matar con escasa voluntad.

Respecto del Algabeño, si bien fué el amo, no hizo los primores que en la corrida anterior.

Los toros dan y quitan; y aunque el primero de los suyos nada tenía de particular, sino que alargaba algo, el quinto, que se negaba un tanto, no era suficiente para justificar que no emplease el de la Algaba faenas tan lucidas como la de su primer toro en la corrida anterior.

No obsta lo dicho para no quitarle ni siquiera un gramo de su peso como matador, y que ha de pesar, y aun pesa ya mucho, para esa colocación de matadores jóvenes, lo ve cualquiera.

Toreó ceñido, pero se movió más que debiera.

Entrando al volapié, inmejorable en sus dos toros, como si explicara la suerte en una academia.

De Dominguin, me duele ocuparme.

No es este Domingo, Domingo del Campo, lo que fué hace unos domingos.

Cierto que aquel domingo le ayudaba Juan Molina. Pero así y todo, parecía que le habían cambiado.

Lanceando de capa, sólo dos de frente señaló parando los pies, y terminó en el pasillo, acosado.

En quites, salió alcanzado alguna vez.

Y toreando de muleta se dejaba comer el terreno, sin marcar siquiera un pase de castigo.

Además de su labor periodística —calculada en más de doce mil artículos—, Eduardo del Palacio, Sentimientos, cultivó con gran acierto la novela y el teatro, escribiendo para éste varias decenas de obras, alcanzando con algunas señaladísimos triunfos.

JUAN LAGARMA



Los toreros que actúan en el Real de San Carlos, exhibiéndose por las calles antes de ir a la Plaza

Antonio Fuentes, Enrique Vargas, Minuto, Fermín Muñoz, Corchaito y Maera, que formaron los carteles de la Plaza de Montevideo de las temporadas 1910 y 11

DEL MOMENTO TAURINO

¡¡¡Voy contratado a AMERICA!!!

CUANDO la temporada taurina declina en España, todos o casi todos los matadores de toros, más o menos famosos, al preguntarles sus incondicionales y amigos qué van a hacer en el invierno, les contestan, con una seguridad que la duda ofendería, lo siguiente:

—¿Que qué voy a hacer?... Voy contratado a América con un contrato magnífico, en vista de mis éxitos en esta temporada...

Así, unos dicen que van a Méjico; otros, a Lima, y los demás se reparten las otras Repúblicas centroamericanas donde la fiesta de toros tiene carta de naturaleza.

Claro que llega la hora de embarcar, o de volar, y sólo son pocos los elegidos, los que cruzan el Atlántico en una u otra forma...

No crean que esto sólo ocurre en los tiempos que corremos, no, pues desde que el toro existe, los dedicados a esta arriesgada profesión han tenido predilección por ir a torear a las Américas, atravesando el Atlántico con la misma despreocupación que uno de nosotros hacemos un viajecito a Cercedilla, pongo por ejemplo.

En el siglo XVIII ya era costumbre que los toreros españoles se trasladaran al "otro mundo" para torear y... traerse un montón de "jayeres", como decía el zeñó Manuél Hermosilla, el Cristóbal Colón del toreo.

Por lo dicho, no es de extrañar que en el siglo XIX casi era una necesidad que todos los espadas de renombre desfilaran por las Plazas de Toros americanas, empezando por Bernardo Gaviño, en 1835, que, según los historiadores taurinos, dió vigor a la fiesta con su rudimentario modo de torear, y pasando por Manuel Díaz, Lavi, que, por cierto, falleció en Méjico el 9 de diciembre de 1858, cuando iba a actuar, después de una brillante campaña en el Perú y La Habana. También Francisco Arjona, Cúchares, murió en dicha capital el 4 de diciembre de 1868, sin poder lucir sus "martingaleos" profesionales; Manuel Domínguez, Gonzalo Mora, Julián Casa, el Salamanquino; Fernando, el Gallo; Rafael Guerra, Guerrita; Luis Mazzantini, Julio Aparisi, Fabrilo; Manuel Hermosilla; hasta Manuel Lara, Jerezano, que fué uno de los que actuaron al finalizar el siglo...

En nuestro siglo XX han actuado por los principales ruedos centroamericanos las primeras figuras de la torería, consiguiendo que la fiesta brava se consolidara en estas tierras

hermanas, consiguiendo fueran la máxima atracción las corridas de toros en Méjico, Lima, Venezuela, Colombia y demás Repúblicas, dándole tal vigor, creando y fomentando una afición tan apasionada o más que en España.

Hoy en día, la fiesta de toros en las Américas es tan famosa y admirada como lo es aquí, y por ello nuestros grandes toreros van a aquellas tierras, que conquistaron nuestros célebres capitanes, con el afán de superarse artísticamente y mostrar los adelantos del arte de torear, y al mismo tiempo, con la pretensión de hacerse millonarios, no como en aquellas pasadas épocas de Gorete, Bonarillo, Valentín, Faico y Padilla, que arrastraban su fracasado arte por un puñado de pesos o bolívaes...

También la fiesta arraigó en la Argentina y en Uruguay; pero la muerte del buen torero valenciano Joaquín Sanz, Punterete, ocurrida en Montevideo el 26 de febrero de 1888, le dió la "puntilla" a las corridas de toros de muerte, pues, a raíz de dicha desgracia, fueron prohibidas por decreto del Presidente de la República uruguaya.

Pero era tanta la afición que había en dicho país, que, a pesar de la prohibición, siguieron dándose las corridas con toros embolados. Llegando su máximo apogeo en las temporadas de los años 1910 y 11, en las que que en la Plaza de Toros Real de San Carlos, de Montevideo, fueron los diestros Antonio Fuentes, Enrique Vargas, Minuto; Fermín Muñoz, Corchaito, y Francisco Soriano, Maera, como los verán en la adjunta fotografía que reproducimos. Es del 16 de enero de 1910, y de los antedichos matadores con sus cuadrillas, en un descanso de la lidia, en la corrida a beneficio del dueño de "La Coronela"...

También reproducimos otra foto muy curiosa, de los toreros que actuaron la tarde del 25 de diciembre del mismo año y en el mismo tauródromo: Angel Carmona, Camisero; Manuel González, Rerre, y Manuel García, Revertito, sobrino del famoso diestro de Alcalá del Río; Antonio Reverte, exhibiéndose por las calles de Montevideo, antes de ir a la Plaza, como vulgares titiriteros, para atraer al público...

Claro que los tiempos han cambiado mucho para toreros... De aquellos diestros fracasados



dos que iban a la aventura a exponer su desprestigio en los ruedos americanos, y lo que era peor, su vejez, como el zeñó Manuél Hermosilla, Carlos Borrego, Zocato; Diego Prieto, Cuatrodedos; Enrique Santos, Tortero; Antonio Ortega, Marinero, y muchos otros, que sufrían vejaciones de las Empresas, han sido vengados con creces por los toreros de hoy...

¡Cuántas veces, en nuestras correrías artísticas por las Repúblicas centroamericanas, hemos encontrado a viejos lidiadores, que un día en España se creyeron ídolos, mostrando en aquellas tierras sus miserias y lacras!... ¡Cuántos de ellos nos hablaron de la accidentada vida taurina que llevaban en aquellos países, y las más de las veces se nos acercaban para que hiciéramos algo por ellos, para poder regresar a la Madre Patria, con los ojos llenos de lágrimas...

Los viajes en barco, tan largos y penosos de antaño, se han transformado ahora en veloces, con los "Clipper", que en pocas horas llevan a nuestros famosos toreros a actuar a las Américas.

Los sueldos modestos de centenares de pesos de antes se han convertido en contratos fabulosos de miles, de miles de pesos o bolívaes...

El torero del siglo XIX iba a América, salvo las figuras, a la desesperada, fracasado y sin cartel ni prestigio en España, sólo con la esperanza de poder ir viviendo con el resto de su mísero arte, de su vejez y dar el "timo"...

¡Con qué amargura hemos visto a los viejos matadores de toros españoles, ante los astados, en los ruedos americanos, huir vergonzosamente, sin dignidad de ninguna clase y en medio de la general rechifla del público!... ¡Qué pena daba verlos!...

Hoy nuestros lidiadores van con la máxima garantía a las Américas, dispuestos a dejar el pabellón de su magnífico arte a gran altura, en pleno éxito, y a demostrar una vez más que el toreo español es el único verdadero...

También es verdad que ahora van cobrando sumas fabulosas que jamás soñaron los toreros de las otras épocas...



Sebastián Miranda

VAMOS a ver si puntualizamos. La corrida verdaderamente extraordinaria que preconiza Sebastián Miranda es la siguiente, ya esbozada en anteriores artículos:

Tres matadores, al frente de sus cuadrillas, hacen el paseo, y lo harán, supongamos, con bastante más preocupación que en tardes corrientes; ¡la corridita se las trae!; si la preocupación se lo permite, es probable que dediquen un recuerdo al autor de la idea, Sebastián Miranda, y a su divulgador que firma estas líneas. Que Dios haga que este recuerdo sea lo menos desagradable posible. Bueno; ya se ha cambiado la seda por el percal —muy bonita frase ella, pero falsa; los capotes no son de percal—. El presidente saca el pañuelo blanco; el portón del chiquero se abre, y el toro sale al ruedo. El espectador puede estudiarlo con toda tranquilidad.

No lo mirará con la angustia de si será manso, o quedado, o gazapón, y de que, por tanto, su torero no podrá lucirse con él. Esta angustia en esta corrida no existe. ¿Os dais cuenta de lo que esto representa?

Veréis, veréis. El matador se abre de capa y torea a su enemigo. En aquel mismo momento, si observa que su manera de embestir no le agrada, remata sus lances, se dirige a la Presidencia, destócase de la montera, y el presidente, sin esperar a más, saca el pañuelo verde y el toro es devuelto a los corrales. ¿Eh? ¿Qué tal? Pero nos figuramos que la decisión

EL PLANETA DE LOS TOROS

¿POSIBLE? ¿IMPOSIBLE?

del espada de rechazar el toro vendrá tras más reposado estudio de sus cualidades y defectos. Un toro, mientras no sufre el castigo de las puyas, no se sabe realmente lo que vale. Finalizado el primer tercio, ya sí, ya hay elementos de juicio suficientes.

Entonces, si el maestro estima que a la muleta no llegará en condiciones de poder hacerle faena, monterazo y pañuelo verde. Pero, no; el torero ve la posibilidad de lucimiento, y el toro es banderilleado. Tocan a matar. Y si en los muletazos iniciales, o en los centrales de la faena, el matador

sas pasarían! Pero, no; el que tiene una onza, la cambia.

En esta corrida, verdaderamente extraordinaria, se verían cosas que sólo el azar, a lo largo de muchas tardes de tedio, nos son dables de ver en los ruedos. Esa suspensión del azar, *por una sola vez*, nos otorgaría satisfacciones sin cuento.

Y además, ¿no veis lo apasionante que resultaría una corrida de éstas? ¿La parte que el público tomaría en la posible decisión del torero, sobre si sería o no sería aquel toro el de su faena soñada; las pasiones que despertaría, lo apasionante de que cada toro fuera la margarita del sí y del no? ¿Será éste? ¿Será el otro?

No lo dudéis. Esta corrida podemos calificarla de sensacional. En la monotonía inevitable de la fiesta aportaría la novedad, el estallido de algo original. Ya se ha intentado algo en este sentido, y no ayer precisamente. ¿Os acordáis de la corrida monstruo celebrada en Santander, diez y ocho toros, lidiados mañana y tarde? Pues sí; fué un gran éxito de público. A Santander acudieron aficionados de toda España.

Y después de todo, era una corrida que de extraordinaria no tenía sino el número de reses a lidiar y matar. En cambio, ésta ofrece posibilidades enormes, incidentes de toda índole, y para remate, la absoluta, la completa seguridad de presenciar faenas también extraordinarias.

¿Que se encontrarían resistencias en los toreros para torearla? Es posible. Pero estas resistencias de algunos las compensarían otros, tan capaces como ellos de torear bien si el toro se presta a ello. ¿Que los ganaderos también dudarían de vender sus reses? Asimismo es probable; pero se encontrarían, ¡vaya si se encontrarían!, to-

ros con garantía de bravura y pureza de sangre y de casta en cantidad suficiente para que salgan esos ideales o por lo menos manejables, suaves, noblotes.

Desengañense los escépticos; no se lleven las manos a la cabeza los tradicionalistas; vestales del fuego sagrado de la afición, calmaos; alégrense los amigos de las emociones; regocíjense los infinitos partidarios de pasar una tarde divertida y llena de esencias de arte. Las perspectivas de esta corrida son innumerables. Sólo falta el hombre emprendedor, el empresario avisado que la recoja y la convierta en realidad. ¿Y no será posible encontrarlo? No me parece tan difícil. Preguntaremos por ahí. Indagaremos. La idea está lanzada. La semilla no en el aire, sino en el surco. ¿Germinará? Veremos, veremos.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



El famoso escultor toreando de muleta a un becerro en una fiesta de campo

comprende, bien que se ha equivocado, al juzgar al toro, bien que éste ha cambiado durante el segundo tercio, está en su derecho de suspender la faena y que el toro sea retirado.

Esto así, de primera impresión, parecerá a muchos absurdo e irrealizable. No, mis queridos escépticos, no. Esta corrida es perfectamente posible.

Esta corrida tiene una finalidad perfectamente viable. La de procurar al torero, con toda la amplitud necesaria, el toro que se ajuste a su estilo de torear, la de eliminar, *por una sola vez* —que no se olvide esto—, el azar; la de garantizar a los espectadores la seguridad de presenciar faenas, dentro de la modalidad de cada diestro, perfectas y acabadas; y si, a pesar de todo, el torero no consiguiera redondearlas, entonces, ¡ah, entonces, qué de co-

XEREZ-QUINA

EL APERITIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

Enrique Segura

PRIMER PREMIO
DEL XX SALON
DE OTOÑO

Enrique Segura, que ha obtenido un rotundo triunfo en el XX Salón de Otoño al concedérsele por unanimidad el Primer Premio con el cuadro titulado «Reposo». Con este motivo felicitamos a nuestro querido compañero de Redacción



UNA vez más —ahora y siempre— hemos entrado en esta gran Exposición que es el Salón de Otoño, deseosos de encontrar alguna obra que guarde relación o que de una manera u otra se oriente hacia el tema por tantos conceptos atrayente del gran espectáculo nacional, y en verdad que hemos sentido, no sólo alivio, sino íntimo regocijo al descubrir en el conjunto artístico que forma este certamen anual organizado por la ilustre Asociación de Pintores y Escultores, no uno, sino cuantos cuadros, en los que más o menos directamente se aborda el tema de la fiesta taurina, aunque muchas veces no tenga la misma una manifestación en la que se refleje la verdadera lidia. Porque tan tema taurino propiamente dicho es ese gran lienzo de las cuadrillas de Lagartijo, Mazzantini y Frascuelo, del genial Vázquez Díaz, como ese otro de Antonio Fuentes, ese «Aficionadillo» émulo tal vez de los grandes toreros de un siglo en el que la fiesta alcanzó un prestigio con resonancias universales.

Junto a las sedas y ricos bordados —sinfonía de colores— del excelso triunvirato, esa modesta opacidad en el vestir del aprendiz de torero, voluntarioso y decido, ¡quién sabe si, andando el tiempo, rey y señor del ruedo! Los dos cuadros, diferentes, claro está, en técnica, procedimiento y ejecución, parece que se aúnan y complementan formando un interesante díptico en el que es de observar cierta filosofía —tal vez la filosofía del tiempo— y ciertas enseñanzas que, en cierto modo, deben tenerse en cuenta. El pasado y el presente de la vida torera. El ayer, que señala un camino áspero y duro sembrado de peligros, y el hoy, venturoso y feliz de un sueño convertido en realidad por el prodigio de la suerte y del arrojo personal llevado hasta la temeridad y el sacrificio. En uno, la radiante y luminosa vistosidad de una cúspide difícilmente lograda; en el otro, esa sencillez encantadora de una vida consagrada a la innata afición, clavada en el pensamiento y en las carnes, como una bella esclavitud que se orienta hacia el futuro. Y junto a la mayestática y severa postura —una «pose» muy fotográfica— de los tres ídolos de un tiempo, al lado de la pobreza, no espiritual, sino en el vestir, del torerillo, ídolo en ciernes, con su sueño halagüeño de futuras quimeras, la gracia femenina y enormemente atrayente de esa campera que pone oleadas de simpatía y juventud, entre la arrogancia en cierto modo falsa y presuntuosa de los matadores y sus cuadrillas, y esa tristeza, esa pesadumbre y cansancio físico del aficionadillo, que nos



«Aficionadillo», óleo de Antonio Sánchez, que figura en el XX Salón de Otoño

hace meditar un momento en las relativas posibilidades de triunfo que pueda originar el constante sacrificio. Hay en todo el cuadro de este joven pintor que es Juan Antonio Viana como un deseo de eternizar con el color la ingenua ilusión de su modelo, como un afán de perpetuar una sonriente juventud que se ha de ir desvaneciendo poco a poco. ¿Qué tienen estos tres cuadros, en su distinta y auténtica concepción y ejecución plástica, para llamarnos tan poderosamente la atención? No vamos ahora a analizar, en una crítica más o menos somera, las calidades pictóricas de cada lienzo. Alguno ya lo fué en su día. Comentemos tan sólo su temática, la índole especial del asunto, las sugerencias que despiertan. En el famoso, en el conocido y admirable cuadro de Vázquez Díaz hay como una bella evocación de la época, un regusto retrospectivo, que nos lleva hacia esa recoleta y romántica estancia en la que imaginativamente posaron los toreros para el pintor, salón en que la luna turbia del espejo retrató, tal vez, tanta escena que tuvo repercusiones nacionales, salón de gusto isabelino perdido en las gasas y nieblas del tiempo... El cuadro de Antonio Sánchez tiene, ya lo hemos dicho, el encanto de una viviente ilusión, que tal vez fructifique en un mañana, y en ese otro, «Campera», de Juan Antonio Viana, hay, con la atracción encantadora reflejada de la modelo al lienzo, todo el aroma sutil de los campos sevillanos, sede y solera del mundo del torero.

Junto a estos tres cuadros de amplias dimensiones, Angel González Marcos, superándose cada día, nos ofrece esa «Capea en Castilla», plena de movimiento, luz y color, que, con características peculiares, con un estilo propio en este pintor, nos hace recordar las fuertes y briosas pinceladas de maestros anteriores. Celebremos, sí, esta capea, esta nueva obra de González Marcos, porque, independientemente de sus bondades técnicas, son de notar perfeccionamientos en un arte en el que el pintor que nos ocupa alcanza ya por méritos propios esa situación privilegiada que permite ver los reflejos pictóricos con esa íntima emoción creadora que alienta y palpita en los maestros.

Reseñemos, sí, este XX Salón de Otoño, muy recientemente celebrado y llevemos a nuestro Catálogo taurino estas cuatro obras, que hoy juzgamos.

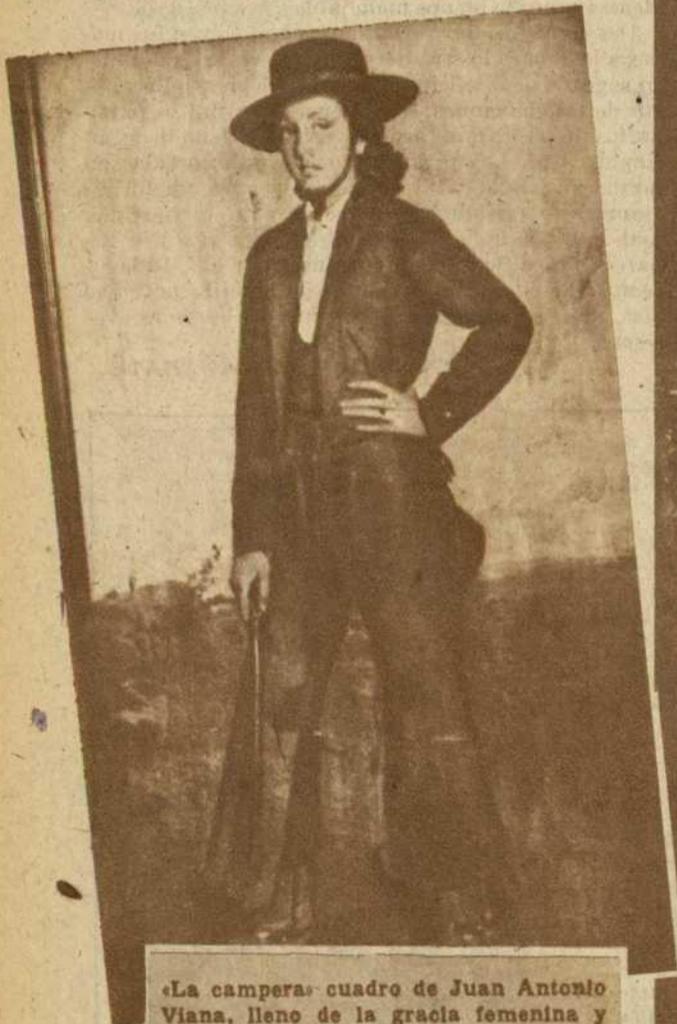
MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

EL ARTE Y LOS TOROS

El tema taurino

en el

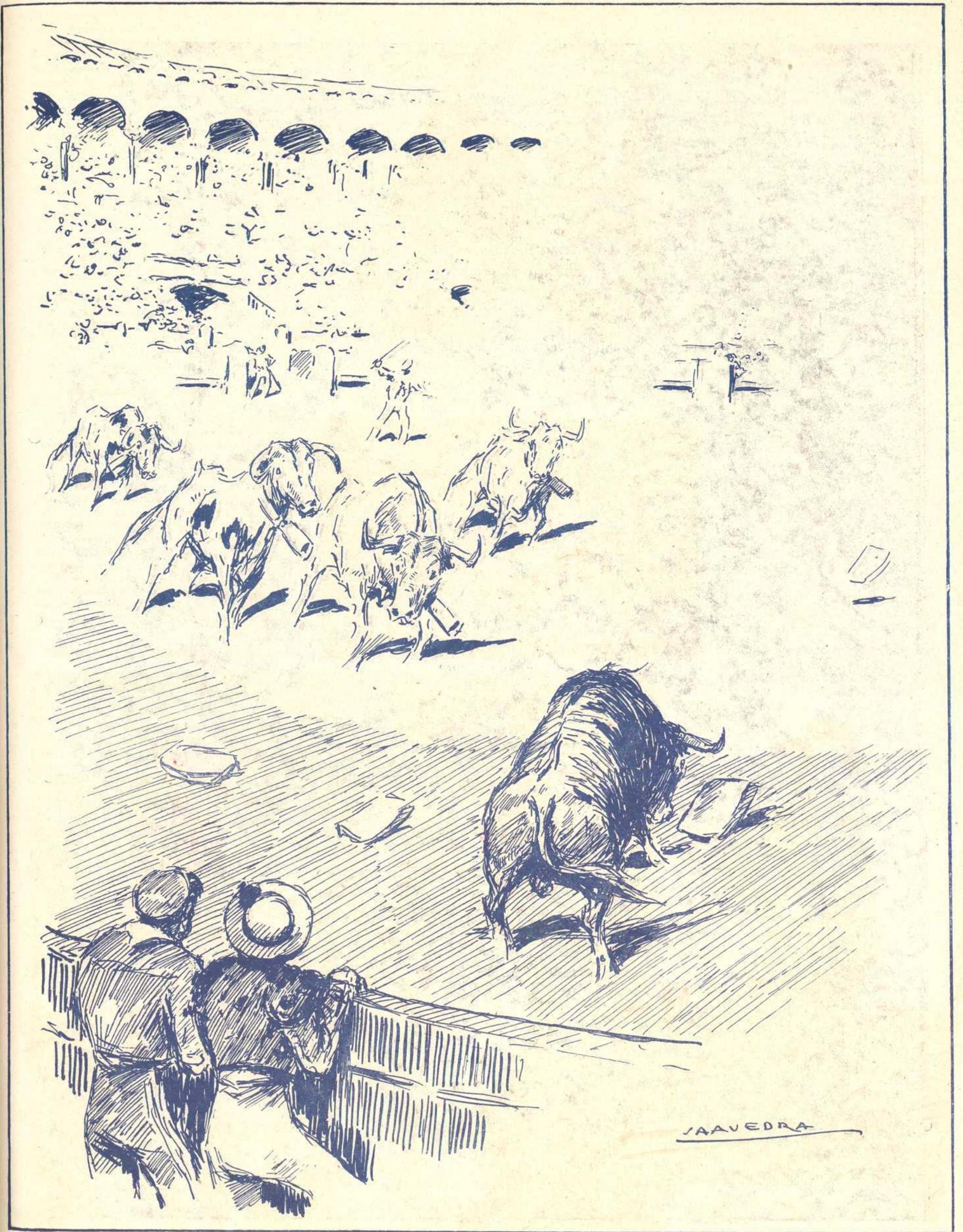
SALON de OTOÑO



«La campera» cuadro de Juan Antonio Viana, lleno de la gracia femenina y enormemente atrayente por su ingenuidad, que caracteriza al modelo



«Las cuadrillas de Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini», original de Vázquez Díaz





El encierro

Puebla 5/00